

LOS HOMBRES
del MAS ALLA
R DANGER
IBAÑEZ
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



P. DANGER

EL HOMBRE DEL MAS ALLA

SEGUNDA PARTE DE
"EL UMBRAL DE LA ATLANTIDA"

■

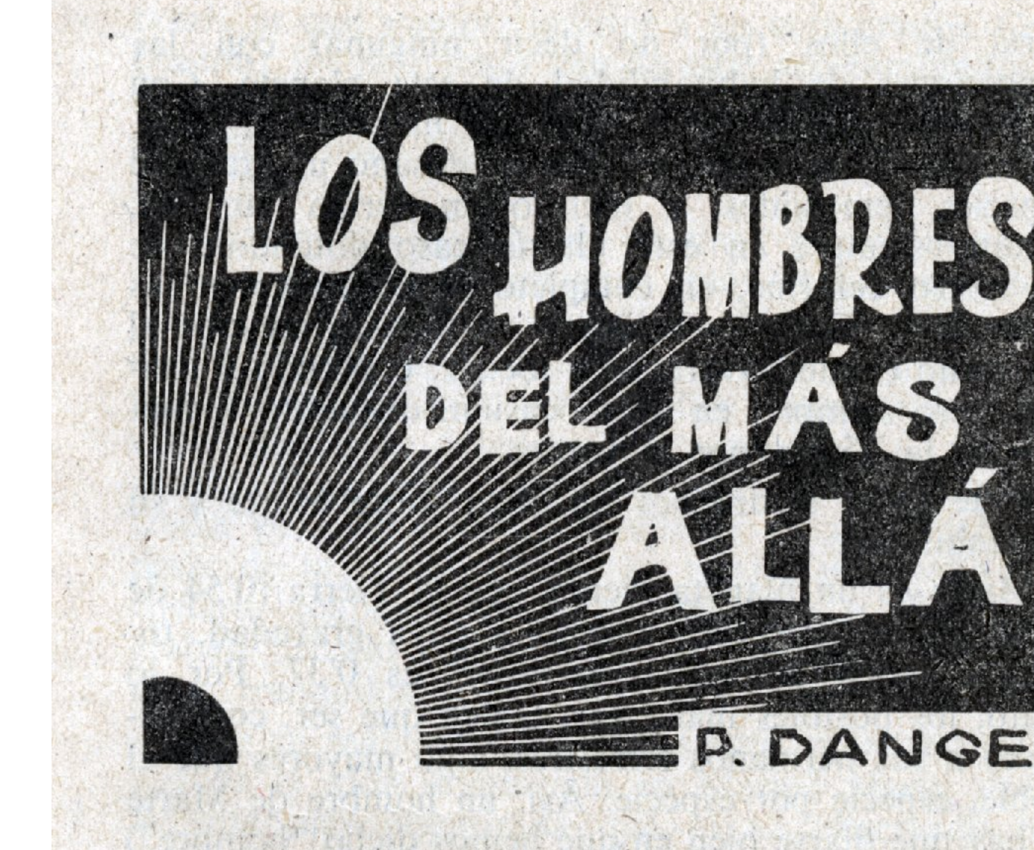
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Depósito legal V. 2.234 - 1960

printed in spain

EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA

Núm Rgtro 5.257 - 60



PRÓLOGO

¿Está habitado Marte?

Ésta es la pregunta que desde hace siglos ha intrigado a la humanidad entera, alcanzando su punto máximo en estos últimos tiempos, cuando los viajes espaciales están empezando a ser algo más que una fantasía para convertirse en una casi tangible realidad. Los relatos de science-fiction, por su parte, han contribuido a aumentar este interés general, difundiendo a los cuatro vientos posibles e imposibles teorías sobre Marte y sus habitantes. Sus autores se han complacido en ofrecer monstruos apocalípticos, de todas formas y tamaños, con escasa relación la mayoría de ellos (por no decir ninguna) con las condiciones de habitabilidad de este planeta. Con la misma facilidad se concibe un marciano gigante, en forma de hormiga, cucaracha, gusano u otras mil especies semejantes, e incluso en forma humana, -aunque siempre en este último caso dotándolo de un rostro deforme, en completo desacuerdo con las leyes de la fisiología terrestre; o bien se concibe al

marciano enano, vivaracho y locuaz, o pérfido y traidor, pero siempre, en toda ocasión, dispuesto a conquistar la Tierra por la fuerza.

Ante todo, meditemos un poco sobre Marte y su habitabilidad.

Marte es un planeta menor que la Tierra (0,54 de volumen con respecto a ésta) y cuya gravedad, tomando como unidad la terrestre, es 0,37. Por lo tanto, los posibles marcianos tienen que ser, con respecto a sus hermanos terrestres, algo mayores que el doble, especie por especie. Así, un hombre de Marte (y hay que fijarse bien en que hemos dicho "hombre") vendría a tener unos tres metros y medio de estatura. Un verdadero gigante para nosotros.

La atmósfera marciana no es muy densa, aunque puede ser (no se sabe a ciencia cierta, pero las pruebas así lo indican) de composición parecida a la terrestre, si bien con una carencia casi total de agua. O sea, el agua existe en muy poca cantidad en la superficie marciana. Ergo: un habitante de Marte no podrá tener una complexión robusta, a menos que no necesite el agua para subsistir.

La inclinación del ecuador marciano con respecto al plano de su órbita es de 25 grados. Ello origina estaciones similares a las nuestras, si bien hay que tener en cuenta un dato muy importante: la temperatura es casi siempre inferior a los cero grados. Conclusión: los marcianos han de estar acostumbrados al frío, por lo que la Tierra no es un "bocado" muy apetecible para ellos. ¡Cualquiera se mete en semejante horno!

Tenemos así resumidas en unas pocas líneas las características del marciano: más grande que nosotros, flaco y acostumbrado al frío. Otras muchas características se podrían determinar siguiendo un proceso similar, pero sería prolijo enumerarlas. Baste saber una cosa: debido a sus condiciones de vida, atacar los posibles marcianos a la Tierra por la violencia para apoderarse de ella es poco probable, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre ello. Les costaría adaptarse al nuevo ambiente, si es que lograban hacerlo alguna vez. Por este lado, podemos estar tranquilos.

Pero en realidad, y dejando aparte estas cuestiones, ¿existe la vida organizada en Marte? Hasta ahora, la vida más organizada que se ha observado han sido algunas clases inferiores de plantas, casi en su mayoría algas. Teniendo en cuenta que Marte es un planeta relativamente joven, es muy aventurado (aunque no sea del todo imposible) suponerle una vida

animal tal como la concebimos nosotros. Lo más probable es que esté deshabitado.

Ahora bien, sus archifamosos y discutidos canales parecen indicar lo contrario. ¿Entonces? Hay una teoría, muy pocas veces expuesta, que podría resolver este problema. Si no existe allí la vida nativa, ¿por qué no puede existir la vida "importada"? ¿Acaso el actual marciano no pudo haber llegado de otro planeta, de la Tierra concretamente? En nuestro mundo la vida empezó entre el Tigris y el Éufrates[1], extendiéndose luego por el resto del mundo. ¿Por qué no suponer que también pudo extenderse hasta nuestro rojo compañero de firmamento? Algunas civilizaciones antiguas demostraron poseer unos adelantos inconcebibles para su época. ¿Acaso no pudieron también descubrir el secreto de la navegación espacial? ¿Qué prueba hay en contra de ello...?

Hasta aquí ha sido el mundo de la realidad, de las hipótesis y de las pruebas científicas. Dejemos paso ahora a la fantasía, a la tan cacareada science-fiction:

En la primera parte de este relato[2] ya se ha dejado entrever la afirmación de la habitabilidad de Marte. Mas ninguno de los componentes de la expedición ha sabido encontrar la verdad. Nadie sospecha que todos sus movimientos han sido cuidadosamente calculados y vigilados por una mente poderosa. Una mente que viene de "más allá" de los límites de la atmósfera terrestre, diferente a la nuestra, con una concepción de vida distinta, pero que necesita con urgencia de ellos para realizar sus propósitos.

Traslademonos hacia atrás en el tiempo. En los lejanos confines de Marte, mucho antes de iniciarse la expedición en busca de la Atlántida...

CAPÍTULO I

Expansión

Hacía ya muchos siglos que habían arribado a Marte. Tantos, que la memoria de los "yechets" del clan azul no llegaba a abarcarlos. Los primeros tiempos habían sido duros, plagados de peligros y de dificultades, pero ya todo había sido superado. La sed, su principal adversario, había sido vencida, y ahora un marciano necesitaba para subsistir apenas cien gramos de agua al día[3].

Tihuor-Qualt-Ronor proyectó su mente hacia el pasado. Él no podía abarcar la cantidad de siglos que alcanzaban los "yechets", los hombres más viejos y de mente más poderosa del pueblo. Sin embargo, aún podía "tele-ver" los últimos grandes inventos, como fue el lanzamiento del primer cohete a Deimos, el satélite marciano más próximo. Cierto que no había sido un cohete como el que los trajo a Marte desde la lejana T'lantis, pero con el tiempo transcurrido desde entonces se había perfeccionado de tal modo la cohetoingeniería, que ahora podían enorgullecerse de ser los primeros y los más adelantados de todo el sistema solar.

También la mente marciana había hecho grandes progresos. Lo que al principio había sido sólo telepatía, se había convertido con el tiempo en la útil "tele-visión", mediante la cual podían observar lo que sucedía en los más apartados rincones sin necesidad de moverse del sitio. El velo aislador, con el cual podían ocultar sus pensamientos a los demás, y la "niebla", que les permitía envolver mentalmente todo su cuerpo para evitar ser "tele-vistos", habían sido los últimos adelantos, en la materia, en la cual se consideraban los mejores.

La tele-vista de Tihuor se dirigió hacia la Tierra, aquel cercano y atrasado planeta del que habían venido. Después de recorrer diversos lugares, en los que no encontró nada digno de contemplar, su vista se fijó en una escuela. Vio a un maestro de matemáticas intentando hacer ver a un retrógrado alumno que dos más dos hacen cuatro, en lugar de cinco como intentaba afirmar el alumno, en plan de chanza.

Aquellos sus lejanísimos hermanos sí que estaban atrasados. Aferrados a los convencionalismos de la materia tan sólo. ¿Acaso no comprendían las ventajas del dominio total de la mente? Los pobres ni siquiera veían que la mente era un órgano más, susceptible de ser dominado a

voluntad como el brazo o la pierna. ¿Por qué no saldrían de su atraso? Era tan fácil hacerlo... En fin, ellos mismos sufrían las consecuencias.

Viendo los esfuerzos denodados del profesor, se le ocurrió intervenir. Primero se dirigió al alumno, que estaba regocijándose interiormente:

≠ ¿Acaso tú puedes demostrar que dos más dos hacen cinco, animal?[4]

Y sin preocuparse de la sorpresa y susto del muchacho, se dirigió al profesor:

≠ ¿Pero no ves que este chaval te está tomando el pelo, zoquete? ¡Si es más listo que tú!

La reacción del maestro fue diferente de la que esperaba. Creyendo que algún alumno se estaba burlando a su costa, se volvió airado hacia el resto de la clase, prorrumpiendo en denuestos y amenazas contra aquella, "turba de indeseables" que osaba tomarle el pelo.

Tihuor se encogió de hombros. Aquellos enanos no comprenderían nunca el modo de ser marciano. Desenfocó la tele-vista. ¡Qué distintos eran ellos de sus lejanos parientes! Distinta concepción de la vida, distintas ideas, distintos sentimientos... Los marcianos eran intelectuales, hombres de mente, mientras los terrestres eran materiales, hombres de cuerpo. ¿Por qué estas diferencias?

"No llegaré a comprenderlo nunca -se dijo-. Ni siquiera los "yechets" han llegado a comprenderlo".

Aquello le hizo derivar sus pensamientos hacia otro lado. Él era un filósofo, un verdadero filósofo. Y los filósofos se encontraban englobados todos dentro del clan azul.

Entonces, ¿por qué no pertenecía él también al clan azul? Hacía ya tiempo que pertenecía a los verdes, la categoría más cercana al clan azul, y de la cual salían los que más tarde formarían los "yechets". Había demostrado muchas veces su inteligencia, más nunca había sido propuesto para la prueba final.

¿Por qué?

Se levantó del sillón anatómico, cansado de meditar. Aunque se rompiera la cabeza, jamás lograría llegar a la explicación lógica. Entonces, ¿para qué pensar en ello?

La señal de llamada mental resonó en su cerebro, avisándole de que alguien quería hablarle. Corrió el velo aislador, dejando sus pensamientos al

descubierto, aunque teniendo buen cuidado de ocultar todo lo referente al clan azul y sus aspiraciones.

La imagen ideativa de Vonohs-Qualt-Enher apareció en su cerebro, mientras su tele-voz le llegaba claramente:

≠ ¿Tienes algún trabajo especial esta tarde, Tihuor?

≠ Absolutamente ninguno, Vonohs. Haré todo lo que desees.

≠ Me alegra. Quiero hablarte de un asunto importante. Ven a mi casa; te aguardo.

≠ De acuerdo. Acudiré en seguida.

Volvió a cerrar el velo aislador, y se enfundó rápidamente en el liviano traje sport. Mientras se preparaba para salir, pensaba en el origen de la llamada de Vonohs, así como del tema del que deseaba hablarle éste. Vonohs-Qualt-Enher era el miembro del clan azul encargado de la dirección de los verdes. ¿Para qué le necesitaría? Enfocó su tele-vista hacia él, pero sólo pudo ver un poco de niebla. Vonohs había creado a su alrededor una niebla mental. ¿Con qué motivo?

Decidió no pensar más en ello, y se dirigió hacia el bólido de su propiedad, de color verde, indicativo del clan al que pertenecía.

Mientras se dirigía hacia la mansión de Vonohs, su mente iba captando todo lo que sucedía a su alrededor. La calle, en aquellas primeras horas de la tarde, aparecía llena de personas vistiendo trajes de la misma hechura todos ellos, pero en diferentes colores según el clan a que pertenecían los que los vestían. Para un extraño hubiera chocado esta uniformidad de trajes, pero para un marciano no. La vida del marciano no era más que una sucesión de colores. Cuando nacía se le vestían ropas blancas, tanto si era varón como mujer. Más tarde, cuando empezaba su instrucción y preparación, vestía ropajes amarillos, que se trocaban en violeta una vez terminados sus estudios. Luego, si elegía alguna profesión manual, se le adjudicaba el color rojo, mientras que si escogía el camino intelectual (artista, filósofo, literato...) vestía el color verde. Solamente los que conseguían el color verde podían llegar a vestir el ropaje azul, que les confería el cargo de dirigentes de los diversos trabajos y clanes del pueblo. El color negro, símbolo del oprobio, era impuesto a los inútiles, que lo tenían que llevar como una humillación.

Tihuor había deseado siempre entrar a formar parte del clan azul, pero esto era muy difícil. Solamente los mejores de los verdes tenían la

oportunidad de intentarlo, y muy pocos conseguían pasar la prueba a que eran sometidos.

Faltaba ya poco para llegar a la mansión del rector de los verdes, y redujo un poco la marcha. A ambos lados del vehículo, los miembros de las restantes órdenes paseaban. Tan sólo los verdes y los azules tenían derecho a usar un bólido particular, del mismo color del clan al que pertenecían. Los demás tenían que trasladarse a pie, o bien utilizar los medios colectivos de transporte. Pero esto no les importaba. Al fin y al cabo, el andar aguza el ingenio y fortalece el cuerpo. El carácter marciano no se preocupaba por esta simpleza de los convencionalismos.

Al fin había llegado. Penetró en la mansión de Vonohs, dirigiéndose rectamente hacia su despacho. En la antesala se encontraban varios verdes aguardando. Se sentó, después de saludar, e intentó comunicar mentalmente con ellos. No pudo. Apenas había descorrido el velo aislador, la tele-voz de Vonohs llegó hasta él.

≠ ¿Pasa, Tihuor. Te estaba aguardando.

Se dirigió hacia la gran puerta situada al final de la estancia, que se abrió silenciosamente ante él, y penetró en un despacho amueblado con sobriedad. Inmediatamente después de haber entrado, y tan silenciosamente como antes, la puerta volvió a cerrarse.

Allí, frente a él, se encontraba Vonohs-Qualt-Enher.

Se sentó en un sillón anatómico, entablando contacto verbal con él:

-¿Para qué me deseabas, Vonohs?

-Conecta la niebla mental, pues lo que voy a decirte es secreto.

Esperó hasta que la imagen de Tihuor, que tenía proyectada en su mente se esfumó en unos gajos neblinosos y volvió a hablar, desconectando la imagen mental. Se levantó, y fue a situarse al lado del sillón de Tihuor.

-Lo que voy a decirte es algo que has estado anhelando desde hace tiempo. Cualquier verde lo está esperando durante toda su vida. Vas a realizar la prueba de admisión para el clan azul.

Observó el efecto que hacían sus palabras en Tihuor, pero éste ni siquiera pestañeó. Como buen verde, sabía ocultar sus emociones tras el velo aislador, sin que floreciese en su rostro el más mínimo asomo de agitación.

-Ya sabes que esta prueba es de gran dificultad -continuó Vonohs-, y muchos fracasan en ella. Los primeros que realizaron expediciones al resto del

planeta en primer lugar, a la Tierra después, y finalmente a los demás planetas, fueron verdes con ansias de pasar a formar parte del clan azul. Ahora te corresponde a ti emularlos.

“Tu prueba va a ser difícil. Desde que pasaste a formar parte de los verdes has sido observado por el Supremo, y has merecido su plena atención. Eres lo que se podría llamar un hombre modelo. Eres consciente de ti mismo y de tus cualidades, viendo tus defectos y tus puntos débiles, cosas que no tienen la mayoría de los rojos e incluso algunos verdes. Por esto has sido elegido para esta importante misión.

Tihuor estaba satisfecho. Tras tanto tiempo de espera, al fin veía cumplido su sueño dorado. ¿Cuál sería la misión que se le confiaría? A tenor de las palabras de Vonohs, era muy importante. Aquello le podría dar fama y granjearle la simpatía y el favor del Supremo. Incluso podría pasar a formar parte de los “yechets” andando el tiempo.

-Por eso mismo -seguía hablando Vonohs-, el Supremo en persona te dará las instrucciones necesarias. Vamos; iremos en mi bólido.

* * *

Los bólidos del clan azul eran mucho más rápidos que los de los verdes. Por eso, apenas tardaron unos minutos en llegar al suntuoso palacio que formaba la mansión del Supremo, el cerebro más poderoso y la inteligencia más aguda del pueblo marciano.

El edificio del palacio era de diez plantas, y estaba formado de diferente forma que los demás. Así como los edificios corrientes estaban formados por huecos o ventanas, separados entre sí por columnas sin capitel, éste era de construcción más complicada, muy semejante a la del templo de T’lantis. Lo más extraordinario era la gran puerta de acceso, de un color dorado bellísimo, en cuyo centro lucía el escudo del Supremo.

El bólido se detuvo a pocos pasos de la gran puerta, y los dos marcianos descendieron. Tihuor ni siquiera intentó tele-ver al Supremo. Sobradamente sabía que éste se envolvía constantemente con una niebla mental de gran espesor, y sus esfuerzos, caso de intentarlo, serían inútiles.

Entraron en el palacio, cuyas puertas se iban abriendo silenciosamente a su paso. Decíase que el Supremo podía tele-ver la mente de todos los hombres, aunque tuvieran corrido el velo aislador. La potencia de su cerebro era tal, que podía llegar incluso a los remotos tiempos de la destrucción de

T'lantis.

Al fin, y tras ascender en un ascensor de caja hasta el sexto piso, llegaron ante la vista del Supremo. Era éste un hombre bajo en comparación con los demás marcianos, delgado, con un rostro firme, noble y bondadoso. ¿Qué edad tendría? Nadie lo sabía, pero era indudable que era muy viejo.

≠ Tengo muchos más años de los que la gente cree.

Tenía el velo aislador corrido, y sin embargo el Supremo había tele-visto sus pensamientos.

≠ No te preocupes. Me gusta curiosear en las mentes ajenas, como simple diversión. Me complace saber en qué piensan los marcianos. Mas no me enfado si piensan mal de mí.

¿Cuántas veces habría pensado él mal del Supremo? Recordó las veces que en la escuela había estado hablando con sus compañeros de él, y enrojeció.

Vonohs, que hasta entonces había permanecido a su lado, hizo una inclinación de cabeza y se retiró. Aunque formaba parte de los azules, todavía no había llegado a ser un "yechet", y no podía permanecer en ninguna entrevista de éstos salvo si eran especialmente requeridos para ello. Tihuor pensó en que sin duda había recibido del Supremo la orden de retirarse.

≠ Exacto.

Habían quedado solos. El Supremo le hizo un gesto, y Tihuor se acercó. A pesar de su habitual aplomo, ahora se encontraba asustado. Pocos eran los que podían contar que habían visto personalmente al Supremo, y él se encontraba ahora entre los elegidos.

-Hijo mío -era la primera vez que el Supremo hablaba. Tenía una voz muy agradable, sin que se notara en ella la más mínima vacilación. Era una voz que invitaba al reposo, al relajamiento mental-. He tele-visto tu conversación con Vonohs, y he observado tu sorpresa al oír que te tenía en cuenta y te apreciaba. Es verdad. Te aprecio, y por eso deseo tenerte a mi lado. Deseo encomendarte una misión, que será una prueba difícil para ti. Escucha.

Tihuor se preparó para oír todo lo que el Supremo iba a decirle. Aquellas palabras quedarían indeleblemente grabadas en una parte de su cerebro, y nada sería capaz de borrarlas hasta la muerte.

-Estoy atento, Supremo.

-Bien. Como ya debes saber, hemos logrado ir a todos los planetas interiores de nuestro sistema, y hace poco hemos intentado llegar a uno de los exteriores, el más grande de ellos: Júpiter. Pero no lo hemos conseguido.

Esta afirmación dejó perplejo a Tihuor. ¿El omnipotente Supremo decía que no había logrado algo de lo que se había propuesto? ¿Era posible?

-Sí, pero fíjate bien que he dicho que no lo hemos conseguido. No he dicho nada de que no lo conseguiremos nunca. Para esto te he llamado.

-¿Desea que vaya a Júpiter?

Aunque intentó no dejarlo traslucir, el temor penetró en su mente como una bala. ¿Querría enviarle el Supremo a aquel planeta?

-No temas. No deseo enviarte a Júpiter, ni nunca ha pasado por mi mente tal idea. La misión que deseo encomendarte es otra muy distinta. Presta atención a lo que voy a decirte:

“Hace exactamente dos meses, partieron de Marte cuatro hombres, cuatro verdes como tú, a explorar el gigantesco planeta. Durante todo el camino los seguí con mi tele-vista, pero al llegar allí los perdí momentáneamente. Cuando volví a encontrarlos, tras breve búsqueda, yacían inmóviles en la superficie de Júpiter, muertos. Tenían los trajes protectores rasgados, y habían perecido aplastados por la enorme presión.

“No me costó mucho averiguar las razones de lo sucedido: Júpiter es el planeta mayor de nuestro sistema, y sabemos que todavía se encuentra en formación. El calor allí es intenso, y más para nosotros, acostumbrados al frío. Además, debido a su tamaño, en él la fuerza de gravedad es enorme, más de la que nosotros podemos resistir. Ésta fue la causa de que los cuatro hombres murieran aplastados.

“Nosotros, por tanto, no podemos ir a explorar aquel planeta. Los que lo hagan habrán de reunir tres requisitos que nosotros, los marcianos, no llegaremos a tener nunca: ser más resistentes al calor, estar acostumbrados a una mayor fuerza de gravedad, y finalmente poder disponer de unos trajes herméticos que soporten la gran presión jupiteriana. Los únicos que reúnen completos estos tres requisitos son nuestros vecinos, los terrestres.

“Es necesario, como ya te he dicho, un metal resistente. El único que cumple con esta condición es el trialtio, un metal que se extrae en la Tierra, en la cordillera del Himalaya. Es el metal más duro que se conoce, más que nuestro “zhordi”. Su único inconveniente es su escasez, pero esto es algo que

nosotros podemos solucionar fácilmente.

“Y en cuanto a lo demás, hay dos hombres en la Tierra que cumplen todos los requisitos: están acostumbrados a permanecer mucho tiempo bajo altas presiones, son fuertes y resistentes, tanto al frío como al calor, y lo que es mejor, están acostumbrados a manejar los aparatos de trialtio.

“Éstos son, por lo tanto, los dos hombres que necesitamos. Nosotros no podremos nunca ir a Júpiter, pero ellos lo harán por nosotros. Ellos explorarán el planeta en nombre del pueblo marciano.

“Estos dos hombres se llaman André Lombard y René Dervais, y tripulan un buque de pequeño tonelaje, al que llaman “El vagabundo”.

CAPÍTULO II

La puerta de plata

Durante más de media hora estuvo el Supremo dando detalles a Tihuor-Qualt-Ronor. Al terminar, éste sabía lo que debía hacer, y lo que “no” debía hacer.

“Ahora ya sabes todo lo que se refiere a André Lombard, Rene Dervais, “Le vagabond” y el trialtio -le había dicho el Supremo-. Has de traer aquí a ellos dos, a alguien que pueda estudiar a fondo flora y fauna del planeta, y a otro que sepa arqueología. El cómo y el cuándo es de tu entera elección. Todos los métodos que emplees serán buenos, con tal de que lleves a feliz término tu misión. Yo solamente te ayudaré aumentando la capacidad perceptiva de tu mente. Todo lo demás deberás resolverlo por propia iniciativa. Sólo así consideraré que has sobrellevado con éxito la misión, y podrás entrar a formar parte del clan azul”.

Después de algunas palabras finales, y de recibir la bendición del Supremo, Tihuor-Qualt-Ronor, en posesión de una difícil empresa y de un corazón henchido de orgullo, abandonaba la mansión del “yechet” Supremo del clan azul y de todos los marcianos.

“Ahora dependo enteramente de mí mismo -pensó-, y debo arreglármelas yo solo, sin ninguna ayuda. Todo lo que haga estará bien hecho, con tal de que logre llevar a buen término mi misión”.

Sí, debía llegar a formar parte del clan azul.

* * *

La nave en que viajaba Tihuor-Qualt-Ronor se detuvo a escasos metros del agua. En aquel mismo punto, cinco mil metros debajo de él, se encontraba el continente del que sus ascendientes habían partido una vez, al notar los primeros síntomas que indicaban su fin.

Aquél era el templo de los marcianos. En todos los libros se veían reproducciones del altar de Quotzquatl, en el templo de su nombre. Las grandes avenidas, los enormes edificios, intactos a pesar de los terremotos, eran tema de continua conversación. Sin embargo, solamente los pertenecientes al clan azul y los mejores de los verdes podían ver personalmente aquellas maravillas. Y ahora se encontraba él allí, cerca del continente del que huyeran sus antepasados, muchos siglos antes, en busca de una nueva vida.

Proyectó sus órdenes mentales hacia los mandos de la nave, haciéndola inclinar de proa y hundirse en el agua, que por encima se cerró con rapidez...

Allí estaba. A pocos metros de él, iluminada por la potente luz que dimanaba de la nave, se encontraba T'lantis, espléndida en su majestuosidad. Suspendido a poca altura, no tardó en distinguir, en el centro de la ciudad, el soberbio edificio del templo de Quotzquatl.

Su mente volvió a ordenar otra maniobra, y la nave se introdujo por un orificio anejo al templo, del cual habían salido, mucho tiempo atrás, cinco naves dispuestas a llegar al planeta rojo.

Esperó unos momentos, después de haberse detenido la nave, y no tardó en oír el chasquido de la esclusa automática de aire al cerrarse. Tomó su traje de vacío, se lo puso y salió al exterior.

En vez de dirigirse hacia las cámaras interiores, ya provistas de aire respirable, se dirigió hacia la parte exterior del templo, inundada todavía, en la que se conservaba la estatua del dios y el fragmento de la puerta de plata.

Mientras se dirigía hacia allí, su mente intentó evocar la leyenda de la estatua y la puerta, que ahora reposaban juntos en el ara del templo. Sintió un raro impulso en su mente y, sin sospecharlo, se encontró televiendo los lejanos tiempos de la destrucción de T'lantis...

* * *

Hacía tiempo que el profeta Don-Irhel había vaticinado que una terrible tempestad destruiría T'lantis. El Supremo que entonces gobernaba, en previsión de algún desastre, había ordenado preparar unas naves que pudieran llevar a los hombres y mujeres de la ciudad hacia las vecinas costas del continente que tenían a su oeste por una parte, y hacia el rojo planeta que los contemplaba cada noche desde el cielo por la otra.

Por aquel entonces, una pequeña embarcación, llevando a bordo un indígena de más allá de las costas del continente, arribó a la ciudad.

Cuando los t'lantes lo encontraron, perdido en el bosque que circundaba la ciudad, lo llevaron allí, donde le dieron de comer, lo vistieron y lo asearon, y le enseñaron a hablar y entender su idioma. Mas el profeta Don-Irhel anunció grandes males si no se echaba inmediatamente al forastero. Los t'lantes tenían un gran respeto a sus profetas, pero también eran gente muy hospitalaria. Y por primera vez no hicieron caso de los vaticinios, dejándose

llevar de su buen corazón.

Mas el profeta no se había equivocado. Hacía tan sólo unos días que el extranjero habitaba entre ellos, cuando un gran terremoto estremeció la tierra.

- ¡Os lo vaticiné! -gritóles el profeta-. ¡Esto es el anuncio de la destrucción!

Apenas pasados los efectos del primer terremoto, que fue de corta duración, las gentes se lanzaron a las calles, dispuestas a terminar con el presunto causante de aquella desgracia. Su antigua amabilidad se había transformado en odio. Pero, por más tiempo que buscaron, no encontraron al extranjero por parte alguna. Sin duda, suponiendo algo de lo que pasaría, había huido de la ciudad.

Mientras tanto, los terremotos hacíanse cada vez más frecuentes, y el nivel del mar empezó a subir, hasta llegar a las cercanías de la gran muralla que rodeaba la ciudad.

Todos los habitantes empezaron a tomar medidas de precaución. Se cerró la gran puerta que, a través de la muralla, daba acceso a la ciudad, y se guarecieron los intersticios con gran cantidad de arena. Luego, la gente, atemorizada, aguardó.

-Cuando la puerta de la muralla sea arrancada por las aguas -anunció Don-Irhel-, el fin de T'lantis no tardará en llegar. Poneos a salvo, ciudadanos.

Los t'lantes hicieron lo que les recomendaba su profeta y aguardaron los acontecimientos. Y, efectivamente, al tercer día después de haber empezado los terremotos, un temblor mucho más fuerte que los anteriores sacudió la ciudad, y del cielo empezaron a caer rayos rojos de fuego, mientras la monumental puerta que guardaba T'lantis cedía al peso de las aguas y éstas entraban tumultuosamente en la ciudad.

Las gentes que aún permanecían en ella corrieron rápidamente a ponerse a salvo en las naves preparadas de antemano, mientras Don-Irhel, poniéndose frente a la avalancha de agua, trataba de contenerla con sus exorcismos.

La última visión que tuvieron los t'lantes de su ciudad fue una vieja figura, erguida frente a la monumental entrada, que trataba de contener las aguas que, impetuosamente, estaban a punto de arrollarle.

Muchos siglos después, cuando los t'lantes que habían emigrado a

Marte pudieron volver a la Tierra y desenterraron del fango marino la ciudad de T'lantis, encontraron el esqueleto del profeta Don-Irhel fuertemente abrazado a un fragmento de la antigua puerta de la muralla, único que había quedado de lo que en otro tiempo fuera aquella colosal hoja, orgullo de la ingeniería t'lante.

Era por eso por lo que, desde entonces, junto a la estatua de Quotzquatl, su supremo dios, se encontraba aquel fragmento de la puerta de plata, al que se veneraba como la más preciada reliquia del que antiguamente fuera pueblo t'lante...

* * *

Tihuor-Qualt-Ronor dejó de contemplar la estatua para dirigirse hacia el ascensor que le dejaría en las habitaciones estancas habilitadas para el sacerdote que periódicamente iba a adorar al dios en nombre del pueblo marciano.

Durante más de cinco horas estuvo Tihuor rumiando el plan que debería emplear para cumplir su misión. Cuando ya lo tuvo lo suficientemente madurado, se levantó y se dirigió hacia el altar de Quotzquatl.

"Todos los métodos que emplees serán buenos, con tal de que lleves a feliz término tu misión", le había dicho el Supremo. Por eso, nada mejor que la gran reliquia del pueblo marciano para llevar a feliz término una misión de tanta importancia.

Tomó reverentemente entre sus manos el fragmento de plata y salió al exterior del templo.

Cuando los marcianos regresaron a T'lantis, realizaron algunas modificaciones en la arquitectura general de la ciudad. Entre ellas, tapiaron la antigua puerta de la muralla, lugar por donde había entrado la destrucción, e hicieron en su lugar un paso subterráneo que saliera al exterior. Asimismo, junto con las habitaciones para aquellos que llegaran de Marte (los antiguos edificios nunca fueron vueltos a habitar), habían construido un departamento especial para las naves, situado al lado mismo del templo.

Pero Tihuor no hizo uso de ninguno de los dos sistemas de salida. Poniendo en marcha un pequeño motor individual que llevaba adosado a la espalda, se elevó por encima de la ciudad, tardando poco en emerger a la superficie.

Sondeó mentalmente las proximidades, no tardando en encontrar,

cerca de allí, un barco pesquero que se acercaba.

Aquello era lo que le convenía.

Los tripulantes de aquel buque buscaban una pesca. Bien, la tendrían. Mentalmente también, guió un banco de truchas hacia allí, para atraer a los pescadores. Luego, alejándose un tanto, buscó un animal que le sirviera para sus fines.

No tardó en encontrarlo.

Para la mente de Tihuor-Qualt-Ronor, apoyado por la poderosísima del Supremo, nada era imposible. Por esto, el traer a una bandada de tiburones que se encontraban a más de cien kilómetros de distancia fue un juego de niños, así como el hacer que uno de ellos se tragara el fragmento de la puerta de plata.

El cebo ya estaba echado. Ahora sólo faltaba que su plan fuera siguiendo su curso.

Y la mente de Tihuor se encargó de ello. Sin moverse de la sumergida ciudad, fue siguiendo el curso de los acontecimientos, llevándolos por los derroteros que a él le convenían. Uno de los pescadores recogió el tiburón que llevaba en su estómago el fragmento de plata, que no tardó en ser descubierto. El segundo de a bordo, hombre ambicioso, se guardó para sí el precioso tesoro llevándolo a un experto en lenguas antiguas, que no tardó en descifrar las inscripciones. Así, de mano en mano, el hallazgo fue a parar al doctor Marbe.

Aquél era el hombre que Tihuor necesitaba. Dominando por completo su mente, el doctor Marbe se convirtió en un juguete en sus manos. Sucesivamente, le hizo llamar a los tres sujetos que, además de él, le interesaban: André Lombard, René Dervais y el profesor naturalista Remy. Por mediación del ex comandante Verry hizo adquirir los trajes y el batiscafo de trialtio, haciéndolos fabricar expresamente para la expedición. Su poder mental sirvió para que los fabricantes se "olvidaran" de presentar las cuentas y de anotar los correspondientes asientos en sus libros. Así, ningún rastro quedó sobre quién había hecho el encargo. Los hombres que a él le interesaban prepararon la expedición, se pusieron en camino y...

Y ahora se encontraban a pocos metros de él. Lombard, Dervais, Remy, su hija Diana, Marbe, Bonnard y Álvarez. Todos estaban allí. En aquellos momentos atravesaban el pasillo que traspasaba subterráneamente la muralla...

De pronto, su tele-vista advirtió que Lombard recogía del suelo un objeto que pudo identificar como una pila eléctrica, perteneciente a un alemán que, años atrás, había logrado llegar hasta el continente perdido.

Tihuor lanzó una estentórea carcajada al aire. Aquel Lombard era un verdadero diablo sacando conclusiones. Lástima que todas ellas estuvieran equivocadas, pensó. Aquellas hipótesis que se había trazado, repletas de espías internacionales, potencias extranjeras y demás similares, eran completamente lógicas desde el punto de vista de quien las había trazado, pero completamente absurdas. ¡Ahora mismo Lombard se encontraba pensando en quién podía haber sido el propietario de aquella pila eléctrica que acababa de hallar!

Tihuor volvió a reír sonoramente. Porque lo más gracioso del caso era que el sabio alemán que había tirado por inútil aquel pequeño objeto se encontraba ahora en Marte, completamente feliz, como si fuera uno más de los habitantes del planeta rojo.

“Estos enanos están todavía muy atrasados para nuestras mentes, pensó. Nunca llegarán a comprendernos.”

Y, lanzando un suspiro, se sentó tranquilamente en un cómodo sillón anatómico, proporcionado a los tres metros largos de su estatura.

CAPÍTULO III

La gran sorpresa

Los expedicionarios se detuvieron estupefactos, contemplando el insólito espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Allí, a pocos pasos de ellos, se levantaban los fabulosos edificios de que hablara Arú en su relato, de más de cincuenta pisos, y todos pertenecientes a un mismo y sorprendente estilo arquitectónico. Consistían en una serie de columnas sin capitel, algo abombadas por el centro, y separadas entre sí por una especie de ventanas recubiertas por aquel extraño metal que ya habían podido contemplar en el paso subterráneo.

-¡Cielos! -exclamó el profesor Remy-. ¡Construcciones metálicas!

-Efectivamente, mi estimado amigo -se apresuró a contestar Marbe, que era el único del grupo que conservaba enteramente la calma-. Y nosotros somos los primeros en poder contemplar esta maravilla.

Al oír aquellas palabras, André oprimió fuertemente entre sus dedos la pila que aún conservaba, pero no dijo nada. Intentaba recordar algún suceso leído en los periódicos tiempo atrás que pudiera proporcionarle algún dato sobre la existencia de aquel objeto en tan insólito lugar. Tenía que ser algo referente a alguna personalidad alemana que hubiera emprendido alguna exploración de larga duración...

A pesar de los esfuerzos que hacía, no conseguía recordar nada. Debía de haber sido hacía tiempo...

Y, de pronto, súbitamente, en su cerebro se perfiló un nombre: Von Trapper. Y entonces recordó: Eric von Trapper fue un sabio alemán que había emprendido una expedición de la que no quiso revelar ningún detalle, y de la cual no había vuelto. Había desaparecido misteriosamente, sin que se volviera a saber de él, haría cosa de unos cinco años.

Sí, aquello debía ser. Mas... ¿cómo había llegado a formar aquel nombre? Aunque hubiera hecho esfuerzos denodados, nunca se le hubiera acudido a la cabeza. A no ser que...

-Telepatía, muchacho. Telepatía.

André se volvió en redondo, sorprendido. ¿Quién podía haber pronunciado aquellas palabras?

Los demás miembros del grupo seguían observando aquellas maravillas, mientras hacían comentarios entre sí. Nadie parecía prestar

atención hacia él, y sin embargo...

-Tu razonamiento es lógico, pero muy lento. Si te hablo telepáticamente, no puedes verme. Tanto puedo estar a tu lado como hallarme a miles de kilómetros de distancia. Incluso puedo ser uno cualquiera de la expedición.

-¿Es usted el doctor Marbe?

No habló. Solamente formó en su mente aquel pensamiento. Sin embargo, dio resultado.

-¿El doctor Marbe...? Pudiera ser, pero te digo de antemano que vas equivocado. No soy él. ¡Pobre hombre! ¡Si supiera lo que está haciendo!...

André miró desesperadamente a su alrededor. Nadie parecía hablarle, nadie le prestaba atención.

¿Estaría volviéndose loco?

-Vamos, hombre, no hay para tanto. No seas tan ingenuo. Comprendo que estés sorprendido, pero de esto a creerte loco... Si tienes un poco de calma, no tardarás en poder charlar conmigo frente a frente.

¿Quién podía ser el que le hablaba de aquella extraña manera? Se concentró en aquel pensamiento, deseando que el “otro” le contestara. Tras un rato de esfuerzo mental, pudo volver a “oír” de nuevo su voz:

-No te quiebres la cabeza, o te volverás loco de verdad. Te repito que dentro de poco nos veremos -una pausa, y luego-: ¡Ah!, una advertencia final. Deja de pensar mal del doctor Marbe y todo este cúmulo de tonterías que te has forjado en la cabeza. Estás metiendo la pata de un modo bárbaro.

André iba a contestar, pero se detuvo al ver que un traje amarillo se le acercaba.

-Parece un poco preocupado. André. ¿Le sucede algo?

-No, nada, Diana. Estaba contemplando todo esto -abarcó con un gesto la gran mole de edificios que tenían al frente, y se volvió de nuevo hacia ella-. ¿Qué le parece?

-Francamente maravilloso. Los atlantes debían de tener una gran cultura y una civilización muy adelantada para poder construir todo esto.

-Sí, ésta es mi opinión.

En aquel momento, la voz del doctor Marbe resonó claramente en todos los micrófonos:

-¡Atención! Ya que todos los edificios son iguales, no creo que tengan

más interés que el de ver el modo como vivían los atlantes. Mi opinión es que será mejor seguir esta avenida que hay frente a nosotros. Si observan bien, verán al final una construcción de una sola planta, que debe ser el templo o el estadio de esta ciudad. Allí seguramente hallaremos cosas importantes para explorar. ¿Están de acuerdo?

Un "sí" unánime rubricó las palabras del doctor. En aquellos momentos nadie estaba para tomar decisiones, y todos se alegraban de que hubiera alguien que pensara por ellos. El cúmulo de maravillas que contemplaban les aturdía. Se pusieron en marcha, sin que nadie opusiera ningún reparo a la decisión del doctor.

Fueron recorriendo una amplia avenida, donde sin duda existieran en otros tiempos una gran cantidad de árboles, de los que ahora no quedaba ninguno. Al fondo se distinguía un gran edificio de una sola planta, pero de una altura superior a los veinte metros. De techo curvo, totalmente liso, se advertía débilmente una puerta frente a la avenida que ellos recorrían.

-¿Qué puede ser este edificio, André?

El aludido se sobresaltó. En aquellos momentos sus pensamientos se encontraban en otro lugar, y no esperaba que la muchacha le hablara. Observó que Diana había conectado el tubo del intercomunicador personal, y sonrió. Dio media vuelta a la clavija que cerraba el micrófono general del traje.

-No sé -respondió-. Lo más probable es que sea el templo o el estadio atlante, como ha dicho Marbe.

-Parece que no le interesa mucho esta expedición, ¿verdad? -la muchacha le miró finalmente-. No se le ve muy contento.

-No es eso, Diana. Se trata de...

Se interrumpió. Al igual que antes con René, pensó que no debía decirle nada a la muchacha. No serviría de nada, y sólo lograría preocuparla también a ella. Eso si no le tomaba por loco, lo cual sería lo más probable.

-Así me gusta. Buen chico y prudente. De todos modos, si quieres, puedes decírselo todo a la chica. No me importa; también lo sabrá dentro de poco...

André se detuvo en seco, y su tubo comunicador personal se desunió del de Diana.

-¿Quién es usted? -chilló, ya fuera de sí.

-¡Ssst! Por suerte tienes el micrófono general cerrado. Ten un poco de

paciencia, muchacho. Ya falta poco. Eres un gran chico, pero demasiado impulsivo. Recuerda, siempre hay que tener calma, mucha calma.

-¡Pero dígame de una vez quién es! -chilló mentalmente. Y luego, ya más calmado-: Si no lo dice, me pondré a gritar a los cuatro vientos lo que sucede.

-¿Sí? ¿Con la comunicación general cerrada? Está bien, si eso ha de hacerte feliz, te lo diré. Soy un marciano.

Diana, que al ver pararse en seco a André había retrocedido, vio cómo éste quedaba literalmente con la boca abierta, intentando después secarse el sudor que corría por su frente, y chocando su mano con el cristal del visor. Después, encogiéndose de hombros, pronunció un seco “Bah” y continuó andando.

-¿Se encuentra mal, André? Si lo desea, avisaré a mi padre.

Sin darse él cuenta, la muchacha había conectado de nuevo el tubo del intercomunicador personal, y le estaba hablando.

-No, no es necesario. Sólo me sucede que a veces padezco alucinaciones. Parece como si oyera voces.

-¿Voces?

-Sí; una especie de voces que no sé quién las pronuncia, pero que las oigo.

-Esto puede ser grave. Y... ¿qué le dicen?

-Pues... ¡Bueno!, tonterías. Dicen que quien las pronuncia es un marciano.

-André -la muchacha le puso una mano sobre su brazo y le obligó a detenerse-. ¿Me está tomando el pelo?

-Pues... nada de esto. Le juro que digo la verdad.

-¿Palabra de honor?

-Palabra de honor.

Permanecieron así, silenciosos, mirándose unos momentos fijamente. Después, casi a dúo, prorrumpieron en una sonora carcajada que quedó ahogada por las reducidas escafandras. Desconectaron el intercomunicador personal y abrieron el general, lanzándose a una carrera para alcanzar al resto del grupo, que desaparecía avenida adelante.

* * *

Se detuvieron frente al edificio de una planta que habían divisado

desde el principio de la avenida, contemplando su magnífica estructura.

Estaba formado, como los antiguos templos griegos, por una serie de columnas que daban acceso a un pequeño patio. Al fondo se elevaba un altar de forma jónica, a cuyos lados se alzaban majestuosas dos gigantescas puertas, recubiertas totalmente de oro.

Álvarez, grave y silencioso hasta aquel momento, se dirigió hacia una de las puertas, palpándola y golpeándola repetidas veces. Luego se volvió hacia los demás, exclamando:

-¡Es oro! ¡Oro de gran espesor!

-Sí, Álvarez, ya lo sabemos, pero no hay tiempo para exclamaciones de admiración. Entremos a ver lo que hay detrás de estas puertas.

Álvarez se apartó sin responder. Bien pensado, a lo mejor dentro encontraban un tesoro mucho mayor de lo que pudieran imaginarse.

El doctor Marbe se dirigió hacia la puerta y empujó con todas sus fuerzas, logrando abrirla unos centímetros. Los demás juntaron sus esfuerzos, y entre todos pudieron abrir completamente la gruesa hoja. Enfocaron sus focos frontales hacia la abertura, y una exclamación de asombro salió de todas las gargantas.

Allí dentro se encontraba el altar más extraño que pudieran imaginar. Consistía en una pirámide truncada, de más de diez metros de altura, en una de cuyas caras había esculpida una escalera, al estilo de las construcciones aztecas. Al final de la misma se encontraba un ídolo, en forma de ave con cabeza humana.

-La misma arquitectura de los templos aztecas -murmuró Marbe, imperturbable-. Esto demuestra que las civilizaciones de la América del sur fueron influidas por los atlantes.

Siguió un silencio denso, espeso. Durante más de cinco minutos, nadie se atrevió a entrar en la estancia. Todos se encontraban absortos, admirados. ¡Porque, y esto era lo que más les sorprendió, tanto la pirámide como el ídolo que la remataba estaban construidos de oro macizo!

Al final, fue Álvarez quien rompió el silencio. Prorrumpió en un grito de admiración y se lanzó hacia el altar, a cuyo pie se arrodilló, contemplando ávido aquel tesoro.

Pero no estuvo así mucho tiempo. De pronto se levantó como picado por un áspid, y volviéndose hacia los demás aulló:

-¿Quién ha sido? ¿Quién me ha dicho eso?

Todos se miraron entre sí, sorprendidos. Nadie había hablado, ni nadie había oído tampoco nada. Álvarez, enfurecido, volvió a gritar:

-¡Repito que quién ha dicho eso! ¡Quiero saber quién ha sido!

-Nadie ha dicho nada, Álvarez; está equivocado -intentó apaciguarlo el profesor Remy-. Nadie ha oído nada tampoco.

Aquello enfureció más al marino, que tuvo que hacer esfuerzos para contenerse. Volvió a hablar, esta vez más sosegado:

-Alguien me ha llamado viejo estúpido y avaro, y me ha ordenado que dejara en paz el altar de Quo... no sé qué. Y yo no le consiento esto a nadie. ¡Quiero saber quién ha sido!

André comprendió. Aquel misterioso personaje que se llamaba a sí mismo marciano, había vuelto a hacer de las suyas. ¡Pero entonces no habían sido todo figuraciones de su mente! ¡Aquel ser existía realmente!

-Exacto, pequeño.

Otra vez la voz. ¿Cómo podía oírla solamente él, o Álvarez, sin enterarse para nada los demás?

-Telepatía, muchacho, ya te lo he dicho.

Aquello era el colmo. Sin poderse contener, gritó en voz alta:

-¿Quién es el estúpido que está gastando esta broma?

Toda la atención recayó ahora en él. Y la voz volvió a repetirse:

-Mal hecho, amigo. Ahora no tendré más remedio que comunicarme con todos vosotros antes de lo que tenía previsto.

Una ligera pausa, y la voz volvió otra vez, ahora mucho más fuerte:

-Escuchadme todos y permitid que me presente. Me llamo Tihuor-Qualt-Ronor, y vengo del planeta Marte. Sé que os parecerá asombroso lo que os digo, como se lo ha parecido antes a vuestro amigo Lombard. Sólo puedo deciros que es la verdad. Y por si no me creéis, mirad un momento hacia el ídolo de Quotzquatl, y allí estoy yo -se detuvo un momento, el tiempo de volver todos la cabeza hacia el ídolo, y luego-: Hola, amigos. ¿Qué tal?

Los expedicionarios se quedaron mudos, estupefactos, contemplando con asombro e incredulidad la increíble figura que había surgido del suelo, al lado del ídolo. Tenía más de tres metros de estatura, e iba vestido con un traje de escafandra, que lo hacía parecer un globo. A pesar de la distancia, por el transparente yelmo se podía observar un rostro humano, que los contemplaba

con una risueña sonrisa.

-Bueno, ya me tenéis aquí. Si me permitís, me voy a presentar más detalladamente. Tihuor-Qualt-Ronor, segundo orden de Marte, verde. Tengo ciento doce años, y soy... casado, le llamáis vosotros. Veo que estáis sorprendidos por mi estatura, y os he de decir que esto es normal en nosotros, los marcianos. Recordad que la gravedad de Marte es menor que la de la Tierra. Y ahora, si queréis subir hasta aquí, os conduciré a mis habitaciones. No, no tengáis miedo. No os haré ningún daño. Por favor...

El doctor Marbe fue el primero que subió hacia donde estaba el gigante, y los demás no tardaron en imitarle. Diana se unió a André, y le susurró por lo bajo:

-¿Qué le parece a usted esto, André?

-Increíble -contestó éste. Y añadió mentalmente-: Aunque al señor Tino no se lo parezca.

-Muy ingenioso, y muy sarcástico -le llegó la respuesta telepática del marciano-. Se te agradece, amigo.

A los pies del gigante había un orificio de casi un metro de diámetro, con todas las apariencias de un túnel vertical. Al llegar allí el doctor Marbe se lanzó por el mismo sin ninguna vacilación. El capitán Bonnard, que le seguía, se detuvo temeroso.

-No temas, amigo. Adelante: no te harás daño.

Así, uno detrás de otro, fueron saltando por el negro orificio, cuyo final no se podía adivinar. El último fue André que, al llegar al lado del que se decía marciano, se detuvo y lo miró detenidamente, teniendo que levantar para ello la cabeza casi hasta que su mentón miró al frente

-¿Se puede saber qué es esto, "amigo"? -recalcó la última palabra con íntima satisfacción.

-Un elevador. Sólo que éste funciona sin... lo que vosotros llamáis cabina. Es muy práctico para distancias de un solo piso. Por favor...

Con un gesto de su mano, indicó a André el agujero, y éste no tuvo más opción que dejarse caer por él. Como en una ráfaga vio que el gigante le seguía poco después, obstruyendo con su cuerpo la entrada del túnel por unos momentos.

Los primeros momentos de caída rápida fueron de angustia para André, que temió se tratara de una trampa preparada por el astuto hombre de

Marte. Pero a los pocos segundos notó como ésta iba siendo frenada, hasta convertirse en un suave descenso.

A los pocos momentos vio una luz al fondo, distinta de la que emanaba de sus focos frontales, y pudo observar cómo Diana, que le precedía, llegaba suavemente al final del pozo, desapareciendo inmediatamente por uno de los lados. Pocos segundos después, él mismo tocaba el suelo y se deslizaba suavemente hacia uno de los lados para dejar paso al marciano, que venía detrás de él. En un rincón, formando un grupo, se encontraban los demás, y André fue a reunirse con ellos.

Una ligera mirada le bastó para ver dónde se hallaban. Era una pequeña habitación cuadrada, de paredes metálicas, en uno de cuyos lados se encontraba un tablero de color rojo con una palanca, que supuso accionaría el elevador. Efectivamente, apenas el gigante tocó con sus pies al suelo se dirigió hacia ella, accionándola. Una puertecita cerró el orificio, y la estancia empezó a vaciarse de agua.

-Un método muy sencillo, ¿verdad, pequeño?

André, que en aquellos momentos estaba precisamente pensando aquello, se sobresaltó.

-¡Oh, no te preocupes! Comprendo que estés asombrado, y no me extraña en lo más mínimo. Ya te irás acostumbrando. Si tenéis la bondad de pasar... -insinuó en tono zumbón.

Una puerta se había abierto en uno de los lados y los expedicionarios, sin haberse repuesto aún de su sorpresa, se dirigieron hacia ella. Una vez transpuesta, pudieron apreciar que se hallaban en una pequeña cabina, llena de trajes idénticos al que llevaba el gigante. El pequeño cuarto, al igual que el anterior, estaba iluminado por luz propia, lo que no dejaba de sorprender a todos, acostumbrados tan sólo a los haces de luz de sus focos frontales taladrando la oscuridad.

El marciano procedió a despojarse de su traje, mientras les telecomunicaba:

Podéis quitaros estos trajes. El aire es completamente respirable para vosotros.

André no vaciló en hacerlo, siendo imitado por los demás. Una vez despojados de los mismos, quedaron vestidos con un liviano mono de color verdinegro, de una sola pieza. Como precaución, y sin que nadie lo advirtiera,

André cogió el arma que tenía en su traje de inmersión y se la pasó a uno de los bolsillos del mono.

Apenas quitados todos los trajes, un coro de voces se alzó en la pequeña cabina, formando una algarabía ininteligible. El marciano tuvo que imponerse gritando con todas sus fuerzas, a fin de hacerse oír:

-¡Por favor, no preguntéis nada ahora! Ya os lo contaré todo más tarde.

Era la primera vez que el gigante hablaba. Su voz era agradable, si bien muy débil y algo aflautada teniendo en cuenta su estatura. Pronunciaba el francés bastante correctamente. Una vez despojado del traje escafandra, se podía apreciar claramente que se trataba de un hombre musculoso, sin un gramo de grasa en el cuerpo, si bien excesivamente delgado en comparación a lo normal en proporciones terrestres. Se inclinó, tomando los equipos de los expedicionarios y colgándolos en unas perchas *ad-hoc*. Luego hizo un expresivo gesto con la mano, señalando una puerta que se adivinaba al fondo.

-Pasad, por favor. Como si estuvierais en vuestra casa.

Todos le obedecieron sin rechistar. André, no repuesto aún de la sorpresa, pensaba en el cúmulo de teorías que se había formado su loca imaginación, y que venían ahora estrepitosamente al suelo. Habían sucedido demasiadas cosas en tan poco tiempo, y su mente era una confusión de ideas. No había podido todavía formarse una idea exacta del porqué ocurría aquello. Esperaba que el gigante se lo dijera. El descubrimiento de la Atlántida, el corte del hilo telefónico por parte del doctor Marbe, el hallazgo de la pila alemana, las voces desconocidas, la presencia del hombre-gigante-marciano, y ahora la entrada a aquel mundo maravilloso pero extraño... demasiadas cosas en demasiado corto tiempo. ¿Dónde se encontrarían en aquel momento?

-Bajo el templo original de Marte.

No se sobresaltó. A pesar del poco tiempo que venía “oyendo” hablar así al marciano, ya se había acostumbrado.

Cogió del brazo a Diana y, sin una palabra, penetró en la habitación que les había señalado Tihuor.

CAPÍTULO IV
“MÁS ALLÁ...”

Y pensar que llegué a sospechar del doctor Marbe como un espía...

Sí, y fíjate ahora. Allí está, como si en su vida no hubiera sucedido nada sorprendente.

Se encontraban en una pequeña habitación, que les había sido habilitada como alojamiento. Separados del resto del grupo. André y René rememoraban el acontecimiento acaecido hacía poco, cuando el doctor Marbe había despertado de su “letargo”.

Porque no podía llamarse de otra manera al estado en que había permanecido el doctor Marbe hasta entonces, aunque nadie se hubiera apercibido de ello.

Había sucedido después de haber entrado con el gigante en aquella espaciosa habitación, que le servía a éste como despacho y centro de operaciones. Con un gesto elocuente, el marciano les había invitado a sentarse alrededor de su mesa.

-Sentaos en los bordes de ella -les había dicho-. Así estaréis más a mi altura.

Así lo hicieron, y el marciano procedió a explicarles todo cuanto había acaecido desde el día en que Vonohs-Qualt-Enher le llamara.

-Para mí fue muy fácil lograr reuniros a todos -era de notar que el marciano siempre los había tratado como a seres inferiores-. Bastó tan sólo usar mis poderes mentales. Necesitaba reuniros de modo que vuestra desaparición no despertara demasiados ecos ni demasiadas investigaciones en el mundo, y así ideé el tinglado del fragmento de la puerta de plata. Para vosotros la aventura sería una emocionante expedición en busca del fabuloso continente de la Atlántida. Para la gente, una simple expedición científica a la captura de nuevas especies raras de peces. Luego, un percance, una desaparición en el fondo del mar, una simple noticia en los periódicos... y todo se olvidaría.

-Pero hay varias personas que conocen el motivo que nos impulsaba en esta expedición, la búsqueda de la Atlántida -había opuesto André- . ¿Y ellos?

El marciano se había permitido una sonrisa.

-Naturalmente -había contestado-, para llevar a cabo mis planes tuve

que incluir a varias personas más: el ex comandante Verry, los fabricantes de los trajes y demás aparatos de trialtio... Pero éstos no ofrecen ningún peligro. Para un marciano es lo más fácil del mundo borrar de vuestras atrasadas mentes un recuerdo determinado o una idea que no le interese sea conservada. Ahora, nadie en la superficie se acuerda del verdadero motivo de esta expedición. Nadie realizará más investigaciones que las de rutina en estos casos.

Un silencio había seguido a estas palabras. André, por su parte, comprendía ahora todo lo que antes le había hecho quebrarse la cabeza. El corte del cable telefónico, la facilidad con que habían hallado la Atlántida, la tranquilidad del doctor Marbe y su seguridad... todo encajaba ahora en su sitio.

-Lo que acaba de explicarnos quiere decir que no tiene intención de devolvernos a la superficie, ¿verdad? -afirmó más que preguntó el profesor Remy-. Al menos esto es lo que se desprende de sus palabras.

Contra lo que cabría esperar, aquella afirmación no causó el revuelo que sería normal en similares circunstancias. La naturaleza humana es muy complicada, se suele decir. Todos se habían adaptado a la idea de estar frente a un ser de origen extraterrestre, como si la cosa fuera usual. Nadie se había sorprendido de ello, y las palabras de Remy tampoco parecieron sorprender ni alarmar a nadie. Es más, incluso el propio profesor las pronunció más para satisfacer su curiosidad que para conocer su destino futuro.

De los allí presentes, solamente tenían familia el capitán Bonnard, y quizá el doctor Marbe. De todos modos, el capitán no se había llevado nunca demasiado bien con su mujer, y el abandonarla para siempre no sería para él ningún excesivo sacrificio.

El gigante, después de meditar la pregunta, se había encogido de hombros, respondiendo evasivamente:

-Vosotros, los terrestres, sois unos hombres extraños. Vivís toda vuestra vida pegados a unas tradiciones más o menos convencionales, sin pensar en que con ellas os atáis a vosotros mismos. ¿Qué es, en comparación, poder viajar, ir a lugares donde nadie ha ido antes que vosotros, explorar cosas que nadie ha visto? ¿No sentís los terrestres el afán de la aventura?

Nadie había respondido.

Esta vez, fue André el que atacó directamente al marciano.

-Nos has hablado -desde que había visto que el marciano los trataba de tú, él había hecho lo mismo- del doctor Marbe como un monigote en tus manos, del que te has servido para llevarnos a todos hasta este lugar. ¿Qué has querido decir con ello?

-Ya os he dicho que para nosotros, los marcianos (y hablo en términos generales), nos es muy fácil trabajar en la mente de los terrestres, inculcarles ideas que no tienen, borrarles de la memoria cosas archisabidas, etc. A veces la tomamos con algún terráqueo en particular, y al pobre lo tienen que internar en un lugar llamado consultorio psiquiátrico, donde lo vuelven loco a fuerza de exámenes y preguntas idiotas. En realidad, lo único que hacemos con ello es divertirnos. Vuestro compañero Marbe, a pesar de su gran cabeza, de la cual se vanagloria, es muy débil de mollera, y por esto me fue muy fácil apoderarme de sus ideas y hacerle hacer, decir y pensar lo que a mí me interesaba. Como ya os he dicho, lo usé para reuniros y traeros a todos, llevándoos por los lugares que a mí me convenía, y haciéndole contar aquello de la leyenda para iros... "preparando" un poco. Veo que lo habéis tomado todo con mucha calma y mucha tranquilidad, y os felicito. De todos modos os diré que el único que demostró ser un poco listo y tener cabeza sobre los hombros fue vuestro amigo Lombard. Lástima que sus limitados conocimientos al respecto y su ignorancia de los verdaderos motivos de todo le hicieran ver un lío internacional repleto de espías por todas partes. Me divertí bastante siguiendo el curso de sus elucubraciones.

"Bueno, como os iba diciendo, el doctor Marbe estuvo, y está todavía, bajo mi control. Ahora lo voy a "despertar". Será algo brusca su "salida de trance", pero se calmará en seguida, ya lo veréis.

En efecto, el doctor Marbe había dado de pronto un enorme salto, volviendo en rededor unos ojos como platos y lanzando un sobresaltado y estúpido: "¿Dónde estoy?" Pero no había tardado mucho en calmarse, volviendo a sentarse tranquilamente como si nada hubiera sucedido. Sin duda el marciano había usado su poder mental de nuevo con él para ponerle al corriente en pocos minutos, o bien había tomado otra vez las riendas de su cerebro.

-Todavía tendré que vigilarlo algún tiempo para evitar que se desboque -dijo después.

Desde aquel momento, se había pasado todo el tiempo dándoles

detalles de lo ocurrido, aclarando sus dudas, poniéndoles en antecedentes de todo...

Parecía como si estuviera ansioso de comunicarlo todo, de no guardarse nada para él. Cuando había terminado, los había conducido a aquella habitación donde se encontraban ahora para que descansasen...

-Es raro este marciano, ¿no, André?

André se volvió hacia su amigo, sobresaltado. Su imaginación se encontraba muy lejos, pensando en un cúmulo de cosas que le hacían doler la cabeza.

-¿Raro?

-Sí. No sé lo que sentirás tú, pero yo estoy seguro de que tendría que estar con los nervios rotos, y sin embargo me encuentro aquí, tan tranquilo. Como ha dicho el marciano, nos lo hemos tomado con mucha filosofía. Estoy pensando en si este gigante no nos estará ayudando a adaptarnos a la situación.

-No me extrañaría mucho. No sé lo que me pasa, pero veo todo esto como si fuera una excursión de las que organizábamos tú y yo cuando pequeños. Parece como si me hallara contemplando la torre Eiffel en vez de permanecer a cinco mil metros bajo la superficie.

René asintió con un gesto. Desde que viera por primera vez al marciano, había perdido su buen humor, y parecía cariacontecido. Se levantó del suelo, donde había permanecido sentado junto con André, y dijo como despedida:

-Ahí viene Diana. No quiero estropear vuestro idilio. Me marcho.

-¡Eh, espera un momento! -André le agarró por la manga. No quería encontrarse a solas con la muchacha. Estaba seguro de que ésta empezaría a hacerle preguntas sobre sus opiniones personales, y no tenía ganas de contestar-. Podemos hablar los tres juntos.

Por toda contestación, René tiró de la manga de su mono y se deshizo de su amigo, echando a andar hacia el lugar donde se encontraban los demás.

Diana, sonriendo amistosamente, llegó donde se encontraba André y se sentó a su lado.

-¿En qué está pensando nuestro héroe nacional? Supongo que no será alguna nueva sospecha respecto al pobre doctor Marbe.

André refunfuñó una respuesta, no del todo correcta, sin mirarla

apenas. Le molestaba el tono hiriente que solía emplear la muchacha, y más ahora que le hacía recordar el ridículo que había hecho.

-¿Cuáles eran sus sospechas, André? No -se apresuró a añadir-, no tema que me ría de ellas. Al fin y al cabo un error lo puede tener cualquiera, y más siendo tan disculpable como éste. Solamente siento curiosidad. Nuestro amigo el marciano nos dijo que usted había estado muy cerca de descubrirlo todo, ¿verdad? -y al ver que André no estaba dispuesto a responder, terminó-: Bueno, creo que entre dos personas que se quieren no hay que tener secretos.

Estas últimas palabras causaron un efecto mágico en André. Volvió vivamente la cabeza, y se quedó mirando a la muchacha, como si sospesara las posibilidades de que le estuviera tomando el pelo.

-¡Diana! -exclamó-. ¿Es cierto lo que he oído? -impulsivamente la tomó de un brazo, acercándose más a ella.

Por unos momentos, la joven se quedó callada, mirando al suelo. No había querido decir aquello, pero sin saber cómo se le había escapado de la boca. Aunque, bien pensado, ahora que ya lo había dicho no se arrepentía demasiado de ello.

-No quisiera desengañarte, André, pero creo...

-¿Desengañarme? ¡Pero si me haces el más feliz de los hombres! ¿Lo dices en serio, Diana?

Ella se le quedó mirando, sin responder. Aquél era un André que no había conocido. El hombre trabajador, consciente de sus obligaciones, siempre dispuesto a cumplir lo prometido por encima de todo, había desaparecido. Ahora veía un nuevo André, sincero, ilusionado, como un niño al que se le entregara un juguete nuevo. Y la idea de ser precisamente ella aquel juguete, inconscientemente, le hizo gracia.

-Por favor, André -le puso una mano encima de la boca para evitar que siguiera hablando-; te he dicho que no quería desengañarte. Me parece que te quiero, pero tengo miedo. Compréndeme. Me he pasado la vida encerrada en un laboratorio, apenas sin salir. Tú eres el primer hombre que he conocido que me ha hablado de amor. Tú y René. No sé si lo que siento será verdaderamente amor, o una simple ilusión pasajera. De todos modos, si esto, si lo que siento es amor, puedes estar seguro de que es a ti a quien quiero. Ahora ya conoces mis pensamientos. Espero que los comprenderás, y los respetarás.

André asintió con la cabeza. Se sentía un poco desengañado. Por unos momentos, había abrigado la ilusión de que Diana correspondía completamente a su amor. Pero ahora volvían de nuevo las dudas. ¿Sería cierto lo que le había dicho ella, o bien sería una piadosa mentira para no desengañarle con un repentino “No”? De todos modos, ahora tenía un poco más de confianza en que ella le correspondiera. Y se olvidó de los demás, se olvidó del lugar en que se hallaban y de las circunstancias bajo las cuales permanecían, y contó a Diana todo lo que pensaba, lo que sentía y lo que ambicionaba.

* * *

El espectáculo era maravilloso. Allá al fondo, rodeado por la negrura infinita del espacio, flotaba un disco azulado, con jirones blancos flotando en rededor. A su lado, tapando parte de la visión, pero dándole al mismo tiempo más belleza, otro cuerpo, de color plateado, hacía compañía a aquel mundo que acababan de abandonar. Aparte de ello, todo era negro, con esa negrura intensa de las cosas vacías, sin vida. Solamente allá a lo lejos, muy lejos, parpadeaban luces, signo de la actividad que reinaba más allá de las fronteras del reino solar.

Es un espectáculo fascinante -murmuró René, absorto.

Sus pensamientos coincidían con los de los demás, y por esto ninguno contestó. Todos los ojos se hallaban fijos en aquel globo azul que, lenta, pero perceptiblemente, se iba alejando de ellos.

Parece como si fuéramos en un barco que se alejara lentamente del muelle. Y lo peor es que probablemente no volveremos a él.

Nadie, después de Remy, había mencionado aquel punto. Cuando se lo oyeron decir veladamente al gigante marciano, todos lo aceptaron como cosa natural, sin hacer demasiado hincapié en ello. Y ahora que René pronunciaba aquellas palabras, todos los pensamientos se dirigieron hacia el marciano y las cuestiones que éste había planteado no hacía mucho. De tal modo, que Tihuor tuvo que emplear todo su poder mental para apartar aquellos pensamientos de la mente de los terrestres. No era lo mismo gobernar una mente que siete a la vez.

Poco tiempo después, Tihuor-Qualt-Ronor entraba en la reducida estancia donde se encontraban los terrestres.

-Bien, ya estamos lejos. Este momento de intranquilidad que habéis

sentido no es nada. Tardaréis muy poco tiempo en acostumbraros a esta idea, y dentro de poco nos estaréis agradecidos de la maravillosa aventura que os hacemos vivir.

André pensó en lo que les había comunicado el marciano en su primera conversación, “iréis a Júpiter y volveréis después hacia Marte”. Y más tarde les había aclarado: “Se trata de un reconocimiento sin importancia”. En realidad, nadie se había fijado demasiado en las palabras dichas por Tihuor; el desconcierto y las preocupaciones del momento estaban por encima de toda curiosidad. Pero ahora volvían de nuevo a la memoria de André con fuerza. ¿Que desearía el marciano que hicieran ellos en Júpiter? ¿Y por qué, en caso de que sólo fuera una expedición de reconocimiento, no iban ellos mismos?

No le fue necesario formular la pregunta, Tihuor le transmitió telepáticamente la contestación:

-No es muy fácil de explicarlo detalladamente para vuestras pobres mentes, pero en su base es esto: la fuerza de gravedad de Marte es menor que la de la Tierra, mientras que la de Júpiter es mucho mayor. Al estar acostumbrados a una fuerza de gravedad mayor, el terrestre está mejor preparado físicamente que el marciano para soportar la enorme presión del planeta. Se necesita una constitución más robusta físicamente que la nuestra para llegar allí. Por eso os hemos escogido a vosotros.

De modo que ellos desempeñarían allí el papel de conejillos de indias. Bonito trabajo.

-Te tomas las cosas con demasiado pesimismo. No creo que haya una hazaña más gloriosa que la de conquistar un mundo.

¿Conquistar un mundo? Entonces no era una simple exploración.

- ¡Vaya con el muchacho! -el marciano lanzó una risita mental-. De veras que servirías para telépata. Tienes mucha más imaginación de lo que parecía. Ya con el bueno de Marbe lo demostraste.

André dejó de prestar atención a la voz del marciano. ¿Podría ser un buen telépata? Quizá pudiera ocultar sus pensamientos al marciano. Al fin y al cabo, éstos tenían un... sí, un velo aislador que los preservaba de intromisiones mentales. Por tanto, quizá...

-Contigo puedo hablar más seriamente que con los demás. Os necesitamos, ¿comprendes? Sin vosotros no podríamos realizar lo que nos

hemos proyectado. Nosotros...

Si pudiera concentrarse para ocultar sus pensamientos... Deseó ardientemente dejar de oír la voz del gigante, y...

¡Lo logró!

Bruscamente, después del “nosotros”, la voz mental de Tihuor se había cortado. Aquello significaba que *podía* ocultar sus pensamientos.

-Exacto.

Por unos momentos había dejado su mente sin protección. Volvió a concentrarse y vio que Tihuor, cerca de él, sonreía divertido.

-Nosotros -habló tranquilamente, sin preocuparse de los demás, y volviendo a coger el hilo de la conversación- nunca podríamos llegar a Júpiter. Nuestra constitución es demasiado débil para la fuerza de gravedad del planeta: moriríamos aplastados. Cierto que nuestro jefe, el Supremo, lo ha recorrido infinidad de veces con su tele-vista, pero esto no basta. Con la tele-vista se pueden observar medianamente los detalles, pero no puede llevarse a cabo una exploración detenida. Vosotros tenéis una constitución más robusta que la nuestra, y tenéis la protección de vuestros trajes de trialtio, infinitamente más resistentes que la presión del planeta. Podréis llegar fácilmente hasta allí, y tomar posesión de él en nombre de Marte. Luego, examinaréis por encima su flora y su fauna, amén de sus rocas y estratos geológicos, y volveréis a Marte. Será sólo un viaje de exploración, pero habréis conquistado un planeta.

André miró alrededor. Los demás, sin preocuparse demasiado del marciano ni de él, seguían contemplando el lejano globo de la tierra o conversando entre sí.

-Recuerda que todavía sois muy débiles mentalmente comparados con nosotros. Es muy fácil gobernar en vuestras atrasadas mentes.

-No será muy fácil -prefirió hablar-, cuando más de una vez se os ha escapado el control de nuestras mentes -se complació en zaherirle-. Parece, a juzgar por eso, que no sois tan poderosos como aparentáis.

-Estás equivocado. Cierto que para gobernar constantemente una mente hay que recurrir a un esfuerzo bastante grande, pero esto no quiere decir que no podamos hacerlo. Con el doctor Marbe, por ejemplo, fue tan fácil que casi fue un placer. Tiene una mente tan débil que la podría dominar el más zoquete de los marcianos.

-No creo en eso. Además, tú mismo has reconocido que te ayudó ese tal... Supremo, me parece que has dicho.

-Cierto. El cerebro más preclaro y más poderoso del universo. No hay nadie que pueda compararse con él. Con su ayuda puedo seleccionar todos vuestros pensamientos, y apartar los que no os convienen.

De modo que el poder mental de Tihuor había servido para desentender a los demás de la conversación. Entonces...

Volvió a cerrar furiosamente su mente, pensando con todas sus fuerzas en forma que el marciano no pudiera leer sus pensamientos. Aquél era el método más seguro de desentenderse del gigante, sin que éste pudiera molestarle.

Y, libre ya de la vigilancia mental de Tihuor, volvió a pensar en la idea que se le había venido a la cabeza.

Si antes de pasar todo lo que había sucedido, se dijo, le hubieran dicho que se encontraría con alguien que no fuera de la Tierra, con algún hombre del "más allá", y que realizaría en su compañía un viaje por el espacio, se hubiera echado a reír y le hubiera tomado por un loco. Y sin embargo esto era exactamente lo que había sucedido. La reacción normal de todo hombre que se encontrara ante un marciano, y que éste intentara llevarlo por la fuerza a un lugar donde él no deseara ir, sería de sorpresa primero, y de rebeldía después. El doctor Marbe, en el mismo instante de despertar de su "trance", había demostrado una gran sorpresa. ¿Por qué, entonces, tanto él como los demás se habían tomado con tanta naturalidad las cosas, como si todo aquello fuera algo corriente? ¿Tanto poder tenían los marcianos que podían ocupar sus mentes y gobernar sus impulsos a su antojo? Entonces, ¿qué clase de personas eran aquellos flacos gigantes?

≠ Nuestro poder mental es muy grande, pero no tanto como supones.

André se sobresaltó. ¿Quién le había hablado? A pesar de tener su mente cerrada, había oído aquella voz, que no era la de Tihuor, sino otra muy diferente.

≠ No, no soy Tihuor. Soy el Supremo de Marte.

¿El Supremo de Marte? Aquel hombre del que le había hablado Tihuor, el jefe de los marcianos.

≠ Cuál es tu nombre?

≠ No tengo nombre. Lo perdí cuando asumí el cargo de Supremo.

Desde entonces me llamo así.

Pero, ¿acaso podían los marcianos leer los pensamientos, aun con la mente cerrada? Cuando había intentado aislarse por primera vez, la voz mental de Tihuor se había interrumpido.

#No, los marcianos no pueden leer la mente que esté cerrada. Pero *yo sí puedo*. Por eso soy el Supremo.

Entonces, él tenía razón. Sin embargo, ¿cómo podía ser...?

≠ No te atormentes pensando cosas a las que no encontrarás respuesta. Todavía ignoras mucho de nosotros. Pero quiero decirte una cosa. Sabemos que es doloroso abandonar las cosas que han rodeado a una persona durante toda su vida. Por eso he controlado vuestras mentes, y he apartado de ellas la idea de que una separación es dolorosa. No volveréis a vuestro mundo, pero tampoco sentiréis nostalgia de él.

¡No! André palideció intensamente. De modo que querían controlar sus mentes, y apartar de ellas las ideas que no les convinieran. Cuando lo había insinuado Tihuor poco antes, lo había tomado por un comentario vanidoso, pero era verdad. No podía ser.

≠ ¿Qué hay de malo en ello?

≠ Vosotros quizás no lo comprenderéis -en aquel pensamiento iba toda la angustia que las palabras del Supremo habían producido en André. No quería convertirse en un autómata-. Lo que un terrestre ama por encima de todo, es su libertad. Por ella han luchado y han muerto millones de personas. Yeso que proyectas va contra todas las leyes humanas y divinas.

≠ ¿Por qué? Al fin y al cabo, cuando haya desaparecido este sentimiento de vosotros ni siquiera os acordaréis de ello.

≠ Sí, quizás tengas razón, pero esto va contra nosotros, contra nuestra religión y contra nuestras ideas. Si tu mente es tan potente como dices, paséala por todos los hombres de la Tierra y verás como en todos alientan las mismas ideas.

≠ Ya lo he hecho durante mucho tiempo, y te digo que esto no es más que un sentimiento arcaico, en consonancia con lo atrasado de vuestra civilización. Lo siento, pero no quiero hablar más de ello. Adiós.

Por más esfuerzos que hizo André, no pudo volver a comunicar con él. En cambio, fue la voz de Tihuor la que penetró en su mente, aprovechándose de que había descuidado la vigilancia mental.

≠ Eres muy listo, muchacho. Eres uno de los pocos terrestres, por no decir el único, que puede ocultar sus pensamientos a un marciano. Pero te falta mucha práctica todavía para dominar este sentido en su totalidad. Yo...

Furiosamente, André cerró su mente a la voz del marciano. No quería oírle. Desesperadamente trató de encontrar una solución contra las palabras del Supremo de los marcianos. Aquello no podía ser cierto. No podía a un hombre quitársele sus ideas y gobernarlo a su antojo. Hasta entonces no había; pensado en ello, ni siquiera cuando Tihuor les había comunicado que se había apoderado de la mente del doctor Marbe. Sin embargo, ahora lo veía todo bajo un punto de vista distinto y aterrador. Las palabras del Supremo le habían abierto los ojos, y todo su ser se rebelaba ante esta idea.

Miró a los demás. Tranquilamente, seguían observando por los ventanales o charlando entre sí, ajenos por completo a lo que había sucedido a poca distancia de ellos. Tihuor, prudentemente, se había retirado, y André intentó, poco a poco, dejar al descubierto su mente. Ninguna voz resonó en su interior, y André respiró tranquilo.

* * *

Tihuor-Qualt-Ronor, después de cerrar suavemente la puerta de la cámara donde se encontraban los terrestres, se dirigió por el largo pasillo al otro extremo de la nave, donde estaba situada la cabina de mandos. Se sentó en el sillón piloto, y se dedicó a observar el rumbo.

La cabina de mandos no era más que una esfera de metal bruñido, del mismo que encontraron los expedicionarios en el corredor de la Atlántida, y en la cual, por medio de varios objetivos de cine-televisión, se representaba a voluntad todo el espacio exterior. El sillón del piloto, único aparato existente en la estancia, estaba conectado con los mandos automáticos, los cuales se gobernaban mentalmente! Por lo tanto, la tarea de llevar una nave a su destino era relativamente fácil. Tumbado en el sillón, contemplando a su alrededor la maravilla inconmensurable del espacio, Tihuor-Qualt-Ronor dedicó sus pensamientos a aquellas siete personas que viajaban con él.

“Realmente, los terrestres son extraños -pensó, con una sonrisa en los labios-. Aferrados ante todo a sus anticuadas costumbres, se dejarían matar antes de arrancarlas de sí”. Antes, había seguido la conversación telepática entre André y el Supremo por mediación de este último, y ahora pensaba en ello como quien ve una película. Aquel Lombard era en verdad un tipo

extraordinario. Pocos hombres serían capaces de aislar sus pensamientos creando una especie de velo aislador, sin haber oído hablar nunca de él ni haber recibido las enseñanzas correspondientes.

Dio una ligera ojeada a la pantalla que reflejaba, a su alrededor, todo el panorama del espacio. El disco de la Tierra, a sus espaldas, era apenas un puntito de luz, apreciable a simple vista, de un centímetro de diámetro. En cambio, enfrente de él podía observar el rojo disco de Marte, cada vez mayor.

De pronto, se envaró. En uno dé los lados del sillón de mandos, una pequeña pantalla de televisión, dispuesta allí para casos de emergencia, acababa de encenderse. Y lo más sorprendente era que el rostro que en ella aparecía era el del Supremo en persona.

Su faz, de ordinario sereno, aparecía ahora blanca como el papel, y su voz, siempre firme y segura, vacilaba al hablar. Parecía como si hubiera recibido un choque emocional muy fuerte.

-Tihuor -a éste le extrañó sobremanera que no empleara la telepatía- presta atención a lo que voy a decirte. Cuando lleguéis al astropuerto central, descenderás a los terrestres y los harás subir a un coche que estará esperando. De allí los llevarás directamente a mi palacio, y los conducirás hasta mí personalmente. Con esto habrás terminado tu misión.

Tihuor quedó perplejo. No daba crédito a lo que oía. En las instrucciones que el Supremo le había dado en un principio estaba incluida la organización y preparativos de la expedición a Júpiter, así como el control de la misma. ¿A qué se debería aquel cambio tan brusco?

Volvió a mirar a la pantalla. El rostro del Supremo reflejaba una gran preocupación. ¿A qué se debería? Parecía íntimamente ligada a la expedición de los terrestres, mas ¿en qué podía afectar ésta al Supremo para que se alterara de aquel modo?

Decidió preguntádselo, pero no fue necesario. Antes de que pudiera abrir la boca, el Supremo volvió a hablar:

-Nos equivocamos, Tihuor. A pesar de haber estudiado a fondo las mentes de los siete miembros de la expedición, no pude suponerme que esto pudiera suceder. Tanto tú como yo creíamos que Lombard era un hombre que dominaba, aún sin él saberlo, la telepatía. Pero no es eso solo. Lo que nunca pudimos sospechar es que, mentalmente, él es muy superior a todos nosotros, ¿comprendes? Incluso superior a mí.

CAPÍTULO V

"Homo superior"

Encerrado en la cómoda y amplia estancia que le servía de despacho, el Supremo daba largas zancadas de un lado para otro. Había dado orden de que nadie entrara en el palacio, y una gran cantidad de guardianes "rojos" custodiaban las entradas. Las puertas que comunicaban al despacho del Supremo permanecían cerradas, sin que ninguna fuerza mental las hiciera abrir. Tan sólo la del Supremo podía hacerlo, y ahora se encontraba demasiado ocupada en buscar una solución al problema que se le había planteado.

Desde allí, desde aquel mismo despacho en que se encontraba ahora, había observado repetidas veces a Lombard, recorriendo incluso con su tele-vista toda la historia del mismo, desde su nacimiento hasta entonces, sin haber encontrado nada anormal. Cierto que había observado una mayor fuerza mental, una innata capacidad para la telepatía; pero no como para desarrollar aquel poder que había demostrado poseer momentos antes.

La mente era, verdaderamente, una especie de concha cerrada que guardaba celosamente su contenido, sin dejarlo traslucir al exterior. Para que alguien descubriera un cierto poder en la mente de otra persona, ésta tenía que activar este poder de algún modo, para así poder apercibirlo. Pero el extraordinario poder de transmisión que tenía aquel terrestre nunca había sido usado, pues nunca había necesitado de él. Solamente después de aquella conversación mental, Lombard había intentado comunicar con él, con una fuerza tal, que el Supremo se tambaleó, a pesar de tener el velo aislador cerrado, pareciéndole que su cabeza iba a estallar. Había sido una llamada potentísima, a la que se había unido la rabia y la desesperación, acrecentándole nuevos impulsos. A pesar de los miles de kilómetros que los separaban, la llamada había llegado hasta allí, aturdiéndole. Y aquello era algo que no podía suceder, si los tratados de la especialidad no mentían.

André Lombard, hasta entonces, no había usado nunca sus facultades telepáticas. Solamente se había limitado a recibir las tele-voces que se le enviaban, y pensar las contestaciones, pero sin transmitirlas. Pero en aquella habitación, después de las revelaciones que le hiciera él, y habiendo cortado bruscamente la comunicación telepática, el terrestre había usado por primera vez, sin saberlo siquiera, su poder, causando los efectos que él había recibido.

Y ahora, por primera vez en su larguísima vida, el Supremo tenía miedo. Una fuerza mental de esta potencia, lanzada con toda su fuerza; y sin tener él el velo aislador corrido, podría muy bien matarle.

Por suerte, ni el mismo André Lombard sabía el extraordinario poder que poseía. Aquello era una ventaja que debía aprovechar si quería salir con bien. Y la aprovecharía.

De momento había dejado de lado toda comunicación telepática, cerrando con toda su fuerza el velo aislador, en previsión de una nueva llamada del terrestre.

Pero... ¿cuál sería el camino a seguir? De buena gana hubiera lanzado su tele-vista hacia la mente de Lombard, para poder leer sus pensamientos. Pero tenía miedo. Temía que en aquel preciso momento éste intentara de nuevo comunicar con él y lo pillara desprevenido. En este caso, las consecuencias serían funestas para él. Más, si no hacía esto, ¿qué otra solución le quedaba?

Durante más de dos horas intentó hallar una respuesta a esta pregunta. Mas al fin tuvo que rendirse. El único camino a seguir era éste, aunque fuera peligroso. Después... la única solución para vivir tranquilo sería matar a aquel hombre, a pesar de que aquello le repugnaba por naturaleza. Pero antes...

Con gran precaución descorrió el velo aislador, y televió la mente de Lombard...

* * *

André se sentó, desalentado, en el suelo, apoyando la espalda en la pared. ¿Qué podía hacer él solo frente a aquellos hombres, dotados de una mente tan poderosa? Si al menos pudieran llegar a un acuerdo...

Recordó tristemente los hechos acaecidos en su vida, desde aquel día en que se opusiera a los designios de su tutor, hasta que recibiera aquel sobre lacrado conteniendo la carta de Verry. Pero ¿cómo no se habría dado cuenta antes? Desde un principio había notado algo raro en todo aquello, pero él, como un estúpido, solamente lo había sabido relacionar con un asunto de espionaje del cual el doctor Marbe fuera el centro. Potencias enemigas intentando disputarse la Atlántida... ¡Pobre doctor Marbe! Él había sido la primera víctima de todo, y ahora se encontraba allí, tan feliz, como si el viajar por el espacio fuera la cosa más natural del mundo.

Verdaderamente, la mente del marciano había influido mucho en

ellos. Sólo él, que había intentado rebelarse al poder de Tihuor, se encontraba en aquel estado de agitación y nervios.

Por unos instantes, envidió a aquellas seis personas que se encontraban allí tranquilas, sin preocuparse por nada de lo que sucediera salvo admirar las maravillas del espacio. Pero al momento rechazó aquellos pensamientos por incompatibles con sus ideas. No dejaría someter su voluntad por nada del mundo.

Hasta entonces, y avisado por todos los sucesos anteriores, había mantenido su mente en continuo alerta. Fue en aquel momento cuando le pareció que alguna fuerza extraña entraba en sus pensamientos, cautelosamente primero, y con más confianza después. Se esforzó en no pensar en nada, mientras iba sintiendo como aquella extraña sensación penetraba cada vez más. Entonces, deseando saber quién era el que intentaba sondearle, lanzó una abrupta pregunta mental, fuerte y furiosamente, con ánimo de ensordecer:

≠ ¿Qué deseas, Supremo?

La pregunta fue hecha al azar, pero al parecer surtió efecto. Instantáneamente, con una brusquedad fulmínea, aquella sensación desapareció.

* * *

La astronave fue descendiendo lentamente, hasta posarse majestuosa en la gran pista central de Marte.

En todo lo que abarcaba la vista, solamente se podía ver un edificio, de grandes proporciones, y que sin duda sería la torre de control. Todo lo demás no era más que una gran extensión de tierra rojiza, truncada por un extenso cuadrado del mismo metal que vieran en el continente sumergido, y que al parecer era el tópico de Marte.

En aquellos momentos la puerta de la cabina se abrió, y el marciano penetró por ella. Pero ahora, observó André, no lucía su clásica sonrisa, ni habló con la misma condescendencia con que lo había hecho antes:

-Hemos llegado a Marte. Pasad al elevador central, por favor.

Aquel "por favor", junto con el tono de la voz del marciano, chocó a André, que había empezado a acostumbrarse a ser tratado como inferior. ¿A qué se debería aquel repentino cambio?

Salieron al exterior, y André respiró el aire del planeta. Pudo

comprobar que no afectaba en nada sus funciones normales, por lo que se tranquilizó. Sin embargo, notaba un “sabor” raro en aquella atmósfera.

Del edificio de control se destacó una especie de esfera, que resultó ser un automóvil. Apenas llegado al lugar donde estaban ellos, se abrió por la mitad, dejando ver un interior completamente liso. Los expedicionarios, seguidos por Tihuor, subieron en él, e inmediatamente el coche se puso en marcha.

André observó el interior. Era una esfera casi perfecta, en donde no se apreciaban más aparatos que una especie de tablero con dos botones, cuyo uso supuso estaría ligado al manejo del artefacto. Pero no fue así. En todo el trayecto el marciano no tocó ninguno de ellos.

No tardaron en llegar a un lado del edificio, donde existía una gran puerta, que se abrió al llegar el vehículo ante ella. Apenas rebasada, el coche “resbaló” por una pendiente y se sumergió en un amplio túnel, cuyo final no se divisaba.

Apenas en el interior, el coche aceleró la marcha, y muy pronto llegaron a una plazoleta que se bifurcaba en varios ramales. Sin ningún titubeo, el coche enfiló por uno de ellos, y tras breve viaje volvieron a salir a la superficie.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos fue del todo inesperado.

En el lugar donde habían emergido, se levantaba un gran edificio, casi un, palacio. Rodeado totalmente de raras plantas de un color rojizo, muy pequeñas de tamaño, alzaba su enorme mole de más de diez pisos en una gran extensión, equivalente casi a doscientos metros cuadrados. Frente a ellos, una gran puerta de un metal parecido al oro tenía en su centro un enorme escudo de color azul.

-La mansión del Supremo -indicó, casi para sí mismo, Tihuor.

“De modo que al fin podremos contemplar cara a cara al dictador de los marcianos -pensó. André-. Veremos lo que pasa”.

El coche se adelantó con intención de franquear la puerta, pero dos hombres, armados con sendos tubos adosados a la espalda, les cortaron el paso. Vestían un traje idéntico al de Tihuor, pero de color rojo, con una franja azul en el pecho.

-La guardia personal del Supremo -murmuró Tihuor-. ¿Para qué se encontrará aquí?

Por unos momentos André se desconcertó. ¿Qué había de raro que un gobernante se hiciera rodear de soldados? Pero luego recordó que el Supremo era el hombre más poderoso de Marte, y que tenía el poder de lanzar su mente con tal intensidad, que el que recibía las descargas quedaba inmediatamente aniquilado. Y la medida tomada también le sorprendió.

El vehículo había vuelto a abrirse, y Tihuor saltó al exterior, dirigiéndose hacia uno de los soldados. André intentó proyectar su mente hacia ellos, y se sorprendió al poder tele-oír claramente su conversación:

≠ Necesito ver al Supremo[5] -era la voz de Tihuor, no cabía duda-. Él mismo me ha ordenado venir directamente aquí.

≠ Lo siento -aquella otra voz debía ser la del centinela-, pero tengo orden de no dejar entrar a nadie.

El gigante parecía nervioso. Dio media vuelta, y quedóse mirando al coche, que permanecía abierto. André pensó por unos momentos en aprovechar la ocasión para escapar, pero comprendió que era una tontería. Los habitantes de Marte eran de mayor estatura que ellos y, por lo tanto, podían correr mucho más aprisa. Además, ¿qué podría hacer él solo, sin alimentos y sin ayuda, en un planeta extraño?

Tihuor seguía allí, mirándole fijamente. De repente, se volvió hacia el soldado, y André pudo oír claramente sus palabras:

≠ ¡Pronto! ¡Temo que al Supremo le haya ocurrido algo!

Y sin esperar contestación se precipitó hacia la puerta.

Los centinelas, indecisos, terminaron por seguirle, y pronto desaparecieron también por la abertura que se practicó automáticamente en la entrada. André, sin vacilar, decidió aprovechar la ocasión. Sacó el revólver que hasta entonces había mantenido en un bolsillo impermeable de su mono, y saltó del coche, dirigiéndose hacia la puerta, bajo la indiferente mirada de los seis restantes ocupantes del coche. Apenas había entrado, cuando ésta se cerró con un chasquido.

André se encontró dentro de una espaciosa habitación, a la cual .comunicaban media docena de puertas.

Desorientado, sin saber a dónde se habían dirigido los marcianos, fuese hacia una de ellas y la abrió, no tardando en convencerse de que no había sido por allí por donde habían pasado. Dirigió una desalentadora mirada hacia las demás puertas, hasta detenerse en una de ellas, que lucía a su lado

una serie de lucecitas con signos verticales grabados. En aquel momento solamente una de ellas estaba encendida, la que indicaba el séptimo lugar. Pronto se apagó y fue descendiendo, en destellos, hasta quedar encendida la del primer lugar, de color diferente a las demás. Aquello debía ser un ascensor, y sin duda la lucecita del séptimo lugar debía indicar el sexto piso, contando la primera, que debía ser la que indicaba “paro”. Sin dudarlo, André se dirigió hacia allí. Se encontró con una dificultad: la puerta no tenía picaporte ni nada parecido. Por unos momentos quedó desconcertado, hasta que recordó que hasta entonces, las puertas se habían abierto simplemente al acercarse a ellas los marcianos.

“Sin duda se abren bajo la acción de impulsos mentales”.

Después de varios intentos infructuosos vio cómo, a su orden mental, la puerta se abría, dejando ver en su interior una pequeña plataforma delimitada por cuatro paredes. No se había equivocado al suponer que aquello era un ascensor.

Siguiendo el método que le había dado éxito hasta entonces, se concentró en la séptima lucecita, y pudo notar con satisfacción que la plataforma empezaba a ascender lentamente.

Mientras subía, intentó conectar mentalmente con el grupo que le precedía, no tardando en conseguirlo. En aquellos momentos la voz de Tihuor resonaba claramente:

≠ No contesta, a pesar de haber llamado varias veces.

≠ A lo mejor estará enfrascado en algún trabajo.

≠ No lo creo -esa voz desconocida debía ser la del tercer marciano-. El. Supremo puede hacer dos tareas al mismo tiempo. A lo mejor es verdad que le ha sucedido algo.

≠ Pronto, no hay tiempo que perder -sonó de nuevo la voz de Tihuor-. Sólo el Supremo puede abrir esta puerta. Si no ejerce en estos momentos control mental sobre ella, podremos entrar.

La tele-voz calló, en el precisó momento en que la plataforma se detenía frente a una puerta. André apartó su atención de los marcianos para dedicarla a la tarea de abrir esta última.

No le costó mucho. Apenas se asomó al largo pasillo que había tras ella, pudo ver como una puerta, al fondo, se terminaba de cerrar.

No cabía duda. Por allí habían entrado los tres marcianos. Proyectó de

nuevo su mente en aquella dirección, y casi instantáneamente pudo oír la voz de Tihuor:

≠ Parece muerto -decía en aquellos momentos-. Como si alguien le hubiera atacado mentalmente.

≠ Sí, incluso su niebla ha desaparecido en su totalidad. Pero... mirad, parece que respira.

Se encontraba ya junto a la puerta, dispuesto a irrumpir en la habitación. Iba ya a lanzar la orden para abrirla, cuando una frase mental le detuvo en seco:

≠ Cómo puede ser -decía en aquellos momentos uno de los centinelas- que alguien sea superior mentalmente al Supremo? Es imposible.

≠ No, no es imposible -la tele-voz de Tihuor era grave, pausada-. Este alguien existe. Y está muy cerca de aquí.

Y entonces fue cuando André comprendió. Supo porqué el Supremo había interrumpido bruscamente la exploración de su mente, supo porqué Tihuor había cambiado tan repentinamente de actitud, y porqué no habían podido dominar su mente como la de los demás. Y una gran alegría le invadió.

“Más cerca de lo que piensas, Tihuor-Qualt-Renor”, se dijo para sí mismo.

Y, empuñando con firmeza su revólver, lanzó una orden mental contra la puerta...

CAPÍTULO VI

Jaque

Tendido en el suelo, y sujetándose la cabeza con las manos, el Supremo empezaba a dar señales de vida. A su lado, rodeándolo solícitos, se encontraban Tihuor y los dos centinelas, éstos todavía empuñando las armas.

André, en su repentina entrada, causó un verdadero revuelo. Mientras el Supremo y Tihuor hacían ademán de retroceder, los dos soldados dirigieron hacia él la boca de sus armas, aunque sin atreverse a disparar.

≠ Yo no lo haría -les conminó telepáticamente André-. El Supremo podría sufrir las consecuencias.

Indecisos, sin saber qué partido tomar, los dos soldados dirigieron sus ojos hacía el Supremo, que les hizo un mudo gesto de asentimiento. Los dos bajaron los tubos.

≠ Así está mejor. Quitáoslos y dejadlos en el suelo.

Obedecieron sin rechistar, permaneciendo luego juntos, mirando asombrados al pequeño humano que tanto respeto parecía imponer al Supremo de Marte. André, por su parte, se dirigió hacia éste, examinándolo a placer.

Era viejo, esto era indudable, pero todavía conservaba el vigor propio de la juventud. Apenas tenía cabellos, y su rostro era completamente lampiño. Ahora, a pesar de la nobleza innata que reflejaban sus facciones, se podía observar en ellas un ligero atontamiento, como si hubiera recibido un fuerte golpe del que todavía no se había repuesto. Al ver acercarse a André, dio un ligero paso atrás, como si temiera algo, pero pronto se repuso, volviendo a su posición primitiva. No estaba seguro, pero André hubiera jurado, por la cara de asombro que pusieron los dos soldados, que era la primera vez que el Supremo estaba asustado.

-¿Sabes francés? -decidió que, si ellos habíanle tratado como inferior, él podía hacer lo mismo. Además, los marcianos, con respecto a él, eran inferiores.

-Sí, hablo francés -su pronunciación era correcta, si bien exageraba algo la guturalidad de las erres-. ¿Qué deseas?

-Quiero que traigas aquí a mis amigos, y les devuelvas la conciencia de sus actos. ¡Quieto! -ordenó al ver que Tihuor intentaba situársele detrás.

Éste se paró en seco y, de pronto, el Supremo se echó a reír,

ligeramente primero, más abiertamente después.

-¿Sabes que, como decís vosotros, nos encontramos en tablas? -su voz era más firme que al principio, y el defecto de las erres había desaparecido-. Ahora ya me he repuesto del choque mental que me infligiste, y con el velo aislador cerrado no puedes hacerme ningún daño serio, como tampoco puedo hacértelo yo a ti. Gracioso, ¿verdad?

Podía serlo mucho, pero a André no le causó la menor hilaridad. Aunque no quisiera, tuvo que admirar el raro sentido del humor que poseían los marcianos. "De todos modos -se dijo-, el que tiene la sartén por el mango soy yo". Adelantó la mano que sostenía la pistola, y la dirigió hacia la cabeza del Supremo.

-Puede ser que no pueda matarte mentalmente, pero esto es algo lo bastante convincente como para que pienses lo que has de hacer -quitó el seguro, procurando que se oyera el ruido del percutor-. Por favor. Mis amigos...

El Supremo, sin perder la serenidad, hizo un gesto de asentimiento y ordenó, siempre verbalmente, algo a Tihuor, en una jerga que André no comprendió.

Nadie se movió de la estancia, pero poco después seis figuras aparecían en el dintel de la puerta, entrando sucesivamente en la habitación. Á un gesto de Tihuor, los terrestres parecieron despertar de un trance hipnótico, como antes le sucediera al doctor Marbe.

-¿Qué diablos...? -empezó a farfullar René, fijando la vista en los cuatro gigantes que se encontraban frente a él.

-Por favor, silencio -le atajó André y luego, dirigiéndose al Supremo-: explícales todo lo sucedido, de modo que no se alarmen demasiado.

Una nueva orden verbal a Tihuor, y las nacientes preguntas de los expedicionarios se cortaron en seco.

-Bien -André, ya tranquilo, se sentó en el borde de la mesa, al otro lado del Supremo-. Y ahora, ¿qué te parece si hablamos de... "negocios"?

* * *

-Siento una extraña sensación en la cabeza -murmuró René, pasándose la mano repetidas veces por la espesa mata de pelo-. Como si dentro tuviera una legión de pajaritos piando sin cesar.

-No es extraño -repuso André, sonriendo-. Tú siempre has tenido la

cabeza a pájaros.

Estaba de buen humor. ¿Se le había contagiado el modo de ser de los marcianos? Quizás sí, pero aunque no fuera eso, una alegría que no era usual en él se desbordaba por todos sus poros.

“Bien, no estamos en situación demasiado halagüeña, pero algo hemos adelantado.”

Se encontraba en el despacho del Supremo, sentado al borde de la mesa, de modo que sus ojos se encontraban en el mismo plano que los del jefe del pueblo marciano. De este modo, el Supremo ya no parecía tan gigante.

Hacía tan sólo unos minutos que Tihuor, acompañado de los dos centinelas, había salido de la estancia. No existía ningún peligro de traición. Con ellos se encontraba el Supremo, y ningún marciano querría verle muerto, aunque tuvieran luego el consuelo de castigar a los culpables. André había logrado hacer un buen jaque, que podría transformar en mate si sabía llevarlo bien. Y esto no era en ningún modo tablas, como había presumido el Supremo.

-Bien -se encaró con éste, sintiendo una confianza plena en sus fuerzas-. Las condiciones que exigimos son éstas: una nave, un piloto para tripularla, y la garantía de no ser molestados en el futuro. A cambio de esto, prometemos no revelar nada de vuestra existencia ni de lo sucedido.

Siguió un silencio. Los demás, a quienes Tihuor había puesto al corriente mediante el práctico procedimiento de introducir en sus mentes las sensaciones memorísticas de lo sucedido, se encontraban sentados a ambos lados, en las más diversas posturas. René, a su lado, miraba al Supremo con una de sus más frías sonrisas, mientras pensaba filosóficamente en un paquete de cigarrillos. Marbe y Remy, científicos al fin, observaban atentamente todo lo que había a su alrededor, haciendo cálculos y sacando conclusiones respecto a la forma de vida marciana. Diana, ajena totalmente a lo que sucedía, observaba atentamente la decoración del despacho, mientras Bonnard, sentado en un sillón en el que cabían dos como él, dormía beatíficamente. Álvarez, alejado del grupo, pensaba en su mala suerte; después de tanto tiempo soñando con la riqueza, se le escapaba ésta de las manos cuando la tenía más cerca.

Frente a ellos, observándolos atentamente, el Supremo meditaba su respuesta.

-No creo que sean unas condiciones muy aceptables, Lombard -dijo al fin-. Usted -desde que entraron en el despacho, era la primera vez que los hablaba de usted, lo que no pasó desapercibido a André-, puede estar de acuerdo en las condiciones, pero ¿y sus amigos? Nadie me garantiza que cuando lleguen a la Tierra no revelen el secreto.

-Yo se lo garantizo por ellos. Puede estar tranquilo, que no dirán nada -en vista de la actitud del Supremo, André decidió tratarle igual.

El Supremo permaneció unos momentos pensativo. Luego, con una ligera sonrisa en el rostro, repuso:

-En estos precisos instantes estoy observando en la mente del llamado Álvarez unas intenciones no muy agradables con respecto al oro de T'lantis. No creo que "esto" sean buenos propósitos.

André no contestó. Ahora empezaba a comprender lo que había querido decir el Supremo con "tablas". Ninguno de ellos podía encontrarse en la seguridad de responder de sí mismo, caso de volver a la Tierra. Y giró su vista hacia los demás, como buscando ayuda y consejos.

-Si observa un poco la Tierra -dijo René-, comprenderá que si contamos lo sucedido aquí, nos tomarán por locos colectivos.

-Puede ser, pero no es eso lo que me preocupa. Ustedes saben la ubicación de T'lantis, y esto no es ninguna garantía.

Y miró significativamente a Álvarez. Pero éste no se dio cuenta. En aquel momento estaba rumiando un plan que se disponía llevar a la práctica.

André, confiado en que el Supremo no opondría ninguna resistencia, había dejado el arma encima de la mesa, relativamente cerca de su mano, pero no lo suficiente como para poder alcanzarla en pocos segundos, en caso de necesidad. Esta circunstancia la aprovechó Álvarez que, retrepado tranquilamente en otro sillón anatómico, fue deslizando su mano hasta el bolsillo donde guardaba su pistola.

De repente, y sin que ninguno se lo esperara, se puso en pie de un salto, empuñando fuertemente el arma, con la que cubría a André y al Supremo,

-Todo lo que han dicho está muy bien, pero yo no estoy conforme con ello. ¡Cuidado, Lombard! -exclamó, al ver que André hacía un ligero movimiento en busca de su pistola-. Tengo buena puntería.

-Será mejor que no haga tonterías -exclamó el Supremo con voz

tranquila-. ¿Olvida que podría matarle aquí mismo con un disparo mental?

-No me importa -imperceptiblemente, el arma que sostenía Álvarez se desvió hacia el marciano-. Pero le advierto que es más grande que yo, y que es más fácil hacer blanco en su cuerpo. Siempre tendría ocasión de disparar antes de caer muerto y, por muy Supremo que sea, no creo que le guste quedar convertido en un colador.

-Bien, terminemos ya -André, haciéndose cargo de la situación, esperaba atentamente que Álvarez cometiera algún error, para tomar de nuevo las riendas-. ¿Qué se propone con esto, Álvarez?

-Poca cosa. Aunque mentalmente no soy tan poderoso como usted, André, creo que mis argumentos -señaló la pistola- también valen. Yo impongo estas condiciones: una nave, un piloto para dirigirla, la promesa de no molestarme más y todo el oro que hay en la Atlántida.

-¿No se le ocurre nada más, Álvarez? -una sonrisa burlona había asomado a los labios de André-. ¿No cree que a los marcianos les costaría muy poco ir por usted y matarle en cualquier momento, una vez llegado a la Tierra?

-Por algo quiero la promesa de no molestarme.

-¡La promesa de no molestarle! -René, silencioso hasta entonces, lanzó una estentórea carcajada-. ¿De qué vale una promesa hecha con una pistola al pecho? No creo que nadie se moleste en cumplirla.

-Puede ser. Pero *yo* la cumpliré.

Si esperaban que alguien claudicara, éste era todo el mundo menos el Supremo que, sentado tranquilamente, los observaba con una de sus más frías miradas.

-Había creído a los terrestres pendencieros, cobardes, ambiciosos, fanfarrones y muchas cosas más, pero nunca llegué a creer de ellos que no tuvieran honor. En Marte, cuando alguien promete una cosa, la cumple a pesar de todo. Sépanlo. Si yo prometo algo, lo cumpliré. Solamente quiero decir una cosa: usted, Álvarez, desea todo el oro de T'lantis. Yo le ofrezco el doble, pero entregado aquí. Como ve, el cambio es ventajoso para usted.

Al oír la proposición, Álvarez sonrió satisfecho. ¡Había ganado la partida! Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

-En este caso, podemos irnos inmediatamente -dijo el Supremo-. Deseo librarme cuanto antes de su molesta presencia. ¡No, no les culpo! -se

apresuró a añadir ante el gesto de René-. Al fin y al cabo, toda la culpa es mía. Les comprendí mal. O mejor dicho, no les comprendí en absoluto. Los terrestres son demasiado complicados para nuestras mentes.

Y, sin añadir más, salió de la estancia seguido inmediatamente por Álvarez, que no dejaba un momento de apuntarle.

* * *

El piloto que guiaba la nave, y que dijo llamarse Varel-Qualt-Premher, era un marciano perteneciente a la categoría de los verdes, con el pelo canijo y una especie de gafas cabalgando sobre su roma nariz, las cuales, según los informó él mismo, le servían para poder tele-ver a larga distancia.

-Al no tener la potencia mental necesaria para poder tele-ver objetos lejanos, como lo hacen otros verdes, necesito este adminículo para contrarrestar esta inferioridad.

-Entonces -le había preguntado el profesor Remy, interesado enormemente por el problema- éstas... llamémosle gafas, ¿comunican con el cerebro?

-No exactamente. Cuando nosotros tele-vemos una cosa a larga distancia, mandamos la imagen mental hacia allí, y los impulsos que recogemos son enviados directamente a nuestro nervio óptico transformándose en imágenes visuales. Algo así como el radar y el sonar de los terrestres, aunque mucho más perfeccionado.

Así, entre preguntas y respuestas, iba pasando lentamente el tiempo en el interior de la nave que los llevaba de retorno a la Tierra. Hacía tan sólo una hora que en el astropuerto habían, recibido las últimas palabras del Supremo, antes de subir al aparato.

-Aquí -les había dicho- nos despedimos. Les ruego que me perdonen por todas las molestias que les he ocasionado, y por las que pueda ocasionarles durante todo el viaje. Como usted ha podido ver, Álvarez, en el almacén de la nave hay suficiente oro como para convertirle en el más poderoso de los hombres de la Tierra. Espero que con esto estará satisfecho y compensado de esta... aventura. Confío en su palabra de que no dirán a nadie nada de esto.

-Puede confiar en ello -había respondido René-. De todos modos tampoco nos creerían...

Luego, en la astronave, Álvarez había vuelto a ser de nuevo el

compañero taciturno que les había acompañado durante todo el viaje. Guardándose una de las dos pistolas -la de André- en el bolsillo posterior, y teniendo siempre a mano la suya, se había limitado a sentarse en el único sillón, el del piloto, mientras escuchaba distraídamente las conversaciones de los demás. Con un gesto de aburrimiento en el semblante, observaba los escasos instrumentos de la cabina, mientras cavilaba en su utilidad. Una pequeña pantalla de televisión, cuatro botones, situados en uno de los brazos, y nada más. A falta de cosa mejor, se entretuvo en curiosear los botones, sonriendo infantilmente al ver que podía tapar con una sola mano toda la pequeña pantalla de televisión.

-¡Eh, tú, gigante! -siguiendo el ejemplo de los marcianos primero, y el de André después, el cual aquéllos ya habían abandonado, se complacía en tratarlos como seres inferiores, y ver cómo ellos le contestaban con la mayor deferencia-. ¿Puedes explicarnos cómo desde esta porquería de cabina podéis guiar este cacharro?

El marciano, dejando inmediatamente la conversación científica que sostenía con Remy y Marbe a un tiempo, se volvió hacia él.

-Con mucho gusto. Si tiene la bondad de cederme el sillón de mandos...

De un elástico salto, Álvarez se puso en pie, cediendo su sitio al gigante.

-Este sillón estaba muy holgado para mí -comentó.

Mientras el marciano se sentaba en el sillón, Álvarez fue a reunirse con los demás, que se habían sentado en el suelo, apoyando la cabeza en las curvas paredes. Apenas lo había hecho dio un respingo, levantándose de nuevo y apuntando rápidamente al marciano.

El hecho no era para menos. Éste, apenas sentado, había oprimido uno de los cuatro botones, y el sillón se había elevado casi un metro del suelo, permaneciendo inmóvil en el aire.

-No se asuste -le tuvo que tranquilizar el gigante-. Se trata de un medio para hacer más cómodo el manejo de la nave.

Instantáneamente, después de oprimido otro botón, la estancia se oscureció, y las bruñidas paredes parecieron transparentarse, dejando ver la inmensidad del espacio a todo su alrededor, lo que causó más de un sobresalto.

La sensación que ofrecía el estar sentado -al parecer- en la nada, teniendo por asiento y por respaldo la negrura del infinito, moteada de puntos brillantes, era extraña, pero una vez pasado el primer susto todos llegaron a encontrar emocionante aquella experiencia.

-Esto que les ha sorprendido tanto -les dijo el piloto-, no son más que varias cámaras televisoras que recogen todos los aspectos del exterior, resumiéndolos después en uno solo, que es el que aquí contemplan. Por esto, desde aquí se puede observar todo lo que ocurre alrededor, sin necesidad de moverse uno de sitio. Ahora vamos a impulsar la nave un cuarto de vuelta a la derecha.

Al instante, todo el firmamento visible se corrió hacia la izquierda, haciendo que todos sintieran una breve sensación de mareo a causa del repentino desplazamiento de todo el panorama. El sillón del piloto, sin embargo, no se había movido, de modo que ahora estaba frente a otro sector de cielo.

-El sillón de mandos está enfilado siempre hacia adelante, de modo que siempre puede observarse lo que hay frente a la nave. ¡Miren, allí está la Tierra!

El panorama había vuelto de nuevo a su antiguo lugar y, siguiendo la dirección que les señalaba Varel, todos pudieron ver una pequeña esferilla brillante que se destacaba del fondo punteado de las estrellas.

-Bien, señores -la luz había vuelto a la esférica cabina, y el sillón volvió a posarse en el suelo-. Como supongo que no me necesitan, me voy a descansar. Con su permiso...

Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero la voz de Álvarez le detuvo:

- ¡Eh, oiga! ¿Y quién dirigirá la nave?

-¿La nave? ¡Oh, no se preocupen! La nave la dirige personalmente el Supremo por control remoto. Yo solamente les acompaño porque usted lo exigió. Ahora, si me lo permiten, me retiro.

Y, sin esperar contestación, se dirigió hacia la puerta, confundida en el marco de la gran pantalla de metal plateado.

Desconcertados y sorprendidos, los siete expedicionarios quedaron en aquella relativamente grande habitación, donde no tardaron en formarse tres grupos: Remy y Marbe, René y Bonnard y André y Diana, mientras Álvarez

volvía a acomodarse en el gran sillón, capaz con holgura para dos personas.

-Dirige la nave por control remoto -murmuraba Álvarez-. Entonces se expone inútilmente a que Lombard...

André le lanzó una risa.

-No crea que es tan tonto, amigo. Una cosa es control remoto, y otra telepatía.

Y cogiendo de la mano a Diana, se la llevó a un lado, donde la invitó a sentarse.

-No tengo nada más que ofrecerle que el duro suelo, Diana. Lo siento.

La muchacha sonrió, sentándose en el suelo y siendo imitada inmediatamente por André.

-Parece contento, André.

-Pues sí, estoy contento. No creí que saliera todo tan bien. Casi creo que ha sido un milagro.

Diana afirmó con la cabeza, y se reclinó contra la pared. André esperó unos minutos y, al ver que ella no decía nada, decidió empezar la conversación:

-Durante estas últimas horas no he podido hablar con usted, Diana. Me gustaría ahora recuperar el tiempo perdido.

-Y... ¿de qué quiere hablar? -una sonrisa picaresca iluminó el aceitunado rostro de la muchacha.

-Pues... no sé; de cualquier cosa. De lo sucedido, de... En fin, de lo que quiera. Desde que nos tropezamos con aquel marciano, Tihuor, ha estado completamente indiferente a todo lo que pasaba a su alrededor, como si no le importara ni poco ni mucho.

-Tiene razón. Pero después de la experiencia de que a una le hagan hacer lo que otro quiera, sin que ella se dé cuenta, no creo que se tengan muchas ganas de hablar. Dígame, André: ¿es cierto que usted posee una mente más poderosa que la del Supremo?

-Sí. No lo sospeché hasta que Tihuor se dirigió corriendo hacia el interior del edificio, gritando que probablemente le había sucedido algo al Supremo. Y no tuve la completa seguridad hasta verle a él tendido en el suelo, y el gesto de temor que puso cuando me vio.

-Entonces, si usted quisiera, podría adueñarse también, de nuestras mentes y...

-¿Y qué?

Diana no prosiguió. Se apoyó de nuevo contra la pared, y dirigió su vista hacia adelante. Al ver que no contestaba, André movió negativamente la cabeza.

-Es cierto que tengo un gran poder mental, pero no lo tengo educado. Si pude derribar al Supremo, fue porque él tenía su mente al descubierto, muy cerca de la mía, y le sorprendí lanzándole mi pensamiento con gran intensidad. Fue un golpe de intensidad solamente. Si él mantiene cerrado su velo aislador, y no dirige sus pensamientos hacia mí, yo no podré hacer nada contra él.

-Entonces, cuando él dijo que se encontraban en tablas...

-Sí, dijo la verdad. Yo no puedo matarle a él, por cuanto no tengo mi mente adaptada para poder lanzar descargas mentales destructivas, y si bien podría hacerle daño con descargas de intensidad, el velo aislador le protegería siempre contra ellas. Y por otra parte, él tampoco puede hacer nada contra mí, por cuanto mi mente, aun no estando educada telepáticamente, es más poderosa que la suya. Además, presiento que los marcianos no son belicosos, y les repugna la idea de matar. Por esto creo que accedió a mis pretensiones primero, y a las de Álvarez después, sin discutir. Debió ver que el fin que perseguía cuando nos trajo de la Tierra era irrealizable, y optó por dejarnos libres.

-Muy amable por su parte.

-Sí. Lo que me preocupa es Álvarez. Con su ambición lo echó todo a rodar. Por más que me pregunto qué desea hacer con todo el oro que tiene en su poder, no me explico cómo podrá introducirlo en Francia sin que la policía le detenga.

-Pero dígame, André. Si no me equivoco, ahora le sería muy fácil al Supremo abandonarnos en esta nave.

-Sí. Pero si lo que le he dicho antes es cierto, a los marcianos les repugna la idea de la muerte. Por eso mismo no dejarán a Varel a nuestra merced. Creo que estamos seguros.

Diana asintió con la cabeza, sin responder. Seguía con la mirada perdida, como pensando en otras cosas muy distintas al momento actual. André tomó una de las manos de la muchacha, y la apretó entre las suyas.

-Diana, antes de que volvamos a reunimos con toda la gente del

mundo, ahora que nos encontramos aquí, casi solos, quisiera hacerle una pregunta. Diana, yo...

No pudo terminar la frase. En aquel preciso momento, una voz, en la que André reconoció a la del Supremo, los sacó de su abstracción.

-¡Atención! Acercaos todos a la pantalla del sillón del piloto.

Mientras se levantaba, pensando en lo que querría el Supremo, André observó que había vuelto al tratamiento de "tú", como hiciera al principio. Al igual que los demás, se acercó al sillón del piloto, pudiendo ver en la pantalla del diminuto aparato de televisión el rostro del Supremo, que lucía una tranquila sonrisa.

-Lamento tener que comunicaros que el rumbo que llevabais ha sido alterado. Ahora os dirigís hacia Júpiter, con el fin de investigar las condiciones de este planeta. En el almacén especial de la nave encontraréis vuestros trajes de trialtio, así como las instrucciones pertinentes de lo que debéis hacer.

Aquellas palabras causaron la más descorazonadora impresión que imaginarse pueda entre los que estaban allí reunidos. Álvarez, sentado en el sillón, frente al aparato, lanzó un par de sonoras maldiciones, mientras apretaba entré sus manos la pistola, como deseando clavar un par de balas en el cuerpo del marciano.

-No puede hacer esto -exclamó-. Recuerde que tenemos al piloto en nuestro poder.

-¡Oh, sí, el piloto! -la respuesta les llegó con una sonora carcajada-. Encended los proyectores exteriores, y lo veréis alejarse en una nave auxiliar, junto con el oro que le "doné" a nuestro amigo Álvarez.

Lanzando otro par de maldiciones, más sonoras que las anteriores, Álvarez se lanzó hacia la puerta mientras André, con los puños crispados, se colocaba frente al aparato.

-Óigame, Supremo. Antes nos trató de hombres sin honor, cobardes, fanfarrones, pendencieros, y algunas cosas más. Ahora somos nosotros quienes decimos: ¿dónde está su honor? ¿Acaso ustedes no son peores que nosotros?

- ¡Oh, no, Lombard! Somos mucho mejores que vosotros. En todos los aspectos. Sólo que... un poco mentirosos -y rubricó su chiste con una carcajada.

Ninguno de los allí presentes le coreó. Álvarez, pálido hasta parecer de cera, volvió a entrar en la estancia.

-¡Se lo ha llevado! ¡Se ha llevado todo el oro!

-¡Oh, Álvarez! ¿Acaso el oro significa tanto para ti? Si es así, quizá cuando termines de cumplir tu cometido en Júpiter te regale todo el que me llevo ahora, además de permitirte volver a la Tierra. Me has caído simpático.

”Y ahora escuchad todos. Llegaréis a Júpiter, y realizaréis todo cuanto hay indicado en las instrucciones. Una vez cumplida vuestra misión, os dejaré volver a la Tierra libres de nuevo. Creo que lo que os pido no es para vosotros un gran sacrificio.

-¡Es mentira! -André, cuya palidez se asemejaba a la del español, se volvió hacia los demás-. ¿Cómo podemos creer en la palabra del que nos ha engañado ya una vez? ¡No nos permitirá regresar a la Tierra!

-No te enfurezcas tanto, amigo Lombard. No creo que yo tenga nada que perder después de haceros un “lavado de cerebro”. Tenemos en Marte máquinas apropiadas para ello. No recordaréis nada de lo sucedido, pero podréis vivir tranquilos en vuestro planeta el resto de vuestra vida. Antes sí que tenía algo que perder, pero ahora... ¿De qué me serviría molestarme en terminar con vosotros? A los marcianos no nos gusta matar. Va... contra nuestros principios.

”Y ahora meditad bien lo que debéis hacer. Os conviene acceder y realizar por las buenas lo que os pido. Saldréis ganando todos.

-¿No te parece, Lombard-concluyó finalmente, que esto es un verdadero “jaque mate”? La lástima es que, quien lo haya hecho no hayas sido tú...

André apretó los puños, pero no contestó. No hubiera ganado nada con ello...

CAPÍTULO VII
El GIGANTE DE FUEGO

Desalentados, fueron a sentarse de nuevo en los lugares que habían ocupado momentos antes. Nadie habló. Ninguno tenía el suficiente humor para ello.

Todos comprendían que el Supremo había llevado a cabo un plan premeditado. Cuando, en su propio despacho, claudicó, ya tenía la intención de no cumplir su palabra. André se tildaba de estúpido por no haber pensado en ello antes...

De pronto Bonnard, que hasta entonces se había mantenido al margen de todo, como un mero espectador, se puso en pie, dirigiéndose a los demás:

-Bueno, parece que hemos de tomar una resolución; ¿no les parece?

Varios gruñidos le contestaron. A nadie le hacía gracia, después de haberse hecho la ilusión de volver a la Tierra, recibir la noticia de que debían ir a un planeta donde nadie sabía lo que les esperaba.

-Será mejor que piensen en lo que sucederá si se niegan. No creo que este marciano dude mucho en dejarnos aquí dentro hasta que muramos de inanición. Yo, por mi parte, he decidido ir allí. Ustedes dirán si me siguen o no.

-¿Qué se le ha perdido por allá, Bonnard? -dijo el profesor Remy-. ¿Acaso siente la tentación de ver mundos?

Bonnard se encogió de hombros. Su mirada se posó en el abatido español, mientras contestaba:

-Si yo me lancé a esta aventura, fue porque el idiota de Álvarez me metió en la cabeza el afán de riquezas. Desde entonces las cosas se han complicado mucho, pero a pesar de esto no estoy del todo descontento. Tienen razón, quiero “ver mundos”, y creo que si se lo piensan un poco verán que no es tan desagradable la idea. ¿Qué podemos perder? Al contrario, podemos ganar mucho, y yo ya tengo formado un proyecto para cuando volvamos a casa...

Así, tras mucho discutir, se llegó a la conclusión de que lo único factible era aceptar las condiciones del marciano, y confiar en la dudosa palabra del mismo. Lo más difícil fue convencer a André. Éste, firme en sus decisiones, estaba dispuesto a permanecer en la nave a pesar de todo sin participar en nada. Fue Diana la queaál final hizo que aceptara, cuando dijo

que ella sería uno más en la expedición, sin que su condición de mujer influyera para nada. Ante esto, a André no le cupo más solución que acceder también. No estaba dispuesto a que la muchacha afrontara sola los riesgos.

-Bien, amigo -le dijo Rene socarronamente, cuando se hubieron puesto de acuerdo-. Espero que cuando regresemos "allá" -se refería a la Tierra-, al menos me permitirás ser el padrino de boda.

E inmediatamente tuvo que apartarse para no recibir un puñetazo en las narices.

Las instrucciones que había dejado el Supremo, junto con los siete trajes de trialtio, eran de lo más lacónico posible. Su primordial objetivo era descender en el planeta, dejando la nave en órbita, y recoger muestras de los principales minerales y (si por casualidad existían) vegetales y animales, los cuales debería analizar el profesor Remy, mientras el doctor Marbe se cuidaba de entresacar en todo lo posible la historia de Júpiter, basándose en los restos paleontológicos que pudiera hallar.

En suma, la misión les retendría unas dos semanas, terminadas las cuales (si el Supremo cumplía su palabra), la misma astronave los llevaría de regreso a la Tierra.

* * *

Júpiter, el mayor de los planetas del sistema solar, es un gran disco de 137.000 kilómetros de diámetro, surcado en toda su longitud por franjas de color que le dan un curioso aspecto de cebra. Ocupando la mayor parte de uno de los lados de la cabina dé mandos, dejaba ver a los expedicionarios la maravilla de su topografía.

Diametralmente frente a ellos, ocupando una parte del hemisferio sur del planeta, una gran mancha de color rojo, la "mancha roja", como se la conocía científicamente, de forma algo elíptica, estaba semicubierta por una especie de nube de color gris tenue, del mismo tamaño que la mancha, conocida como el "velo austral".

-Estamos de suerte -decía en aquellos momentos el doctor Marbe, enormemente aficionado a la astronomía, mientras meneaba su enorme cabeza-. Tan sólo una vez cada dos años sucede este fenómeno. Ahora podremos discernir de qué está compuesta esta mancha.

La astronave iba disminuyendo la distancia que los separaba del planeta, y éste se iba haciendo cada vez mayor, hasta ocupar casi toda una

mitad de la cabina. En aquella posición, se podían distinguir con gran claridad las enormes franjas de color rojo y blanco que caracterizan al gigante.

En aquel momento, la pequeña pantalla de televisión volvió a iluminarse, dejando ver el rostro del Supremo.

-Escuchad. Cuando lleguéis a diez kilómetros de la superficie del planeta, os enfundaréis los trajes y saldréis al exterior. Se os han adosado a ellos unos reactores individuales muy fáciles de manejar, que os impulsarán hasta el planeta. Recoged todas las muestras minerales y vegetales, si las hay, y observad todos los detalles que puedan ser interesantes.

Sin más comentario, la pantalla se apagó.

Los expedicionarios se dirigieron, silenciosamente, hacia la cámara donde se encontraban los siete trajes que habían llevado en su descenso a la Atlántida. Como única variación, junto a cada traje se encontraba un pequeño aparato de forma tubular, con varios pequeños orificios en la parte inferior, y que se sujetaba al traje con cuatro correas: dos a los brazos, y dos a las piernas.

El manejo de aquellos reactores en miniatura era de lo más sencillo posible. Su cuadro de mandos consistía en dos botones y un dial, para aumentar y reducir la velocidad. Los cambios de dirección se lograban mediante simples movimientos del cuerpo, a los cuales se acostumbraba uno en seguida.

Así equipados, y llevando Marbe y Remy sendos maletines con instrumentos, salieron de la nave, que ya se encontraba en órbita. Estaban ya dentro de la atmósfera jupiteriana, de enorme espesor; sin embargo, el cielo presentaba aún un aspecto azul intenso, casi negro, tachonado por miríadas de pequeñas estrellas prácticamente invisibles a través de la atmósfera terrestre.

Sin perder tiempo, se colocaron en posición inversa a la del cohete, y dieron la máxima velocidad á sus reactores a fin de salir de la órbita, iniciando así el descenso. Al principio éste fue muy suave, casi imperceptible, pero luego, lentamente, casi sin que se apercibieran, fue aumentando, hasta que tuvieron que poner en contramarcha los reactores a fin de frenar algo la caída. Así, y después de un descenso rápido de varios minutos, llegaron a una formación de nubes que no tardaron en atravesar.

Las nubes jupiterianas son de extraña forma. Alargadas, en capas finas y de gran longitud, se reúnen en grupos, dejando entre grupo y grupo grandes

extensiones sin cubrir, que son las que le dan a este planeta su aspecto rayado, a franjas. Bajo estas nubes, y dominando todo el paisaje, una capa oscura, de color rojo amarronado, se extiende por todo el planeta, siendo éste el único tópico de Su superficie.

Éste era el panorama que se ofrecía a los ojos de los expedicionarios. Apenas traspuesto el grueso manto de nubes, y observado a vista de pájaro, el paisaje semejaba una dantesca visión del infierno. El único color que imperaba, aquel extraordinario rojo amarronado, se encontraba en todas partes. El suelo, casi completamente uniforme, era solamente truncado por aisladas explosiones, que levantaban en el aire gran cantidad de enormes piedras.

-Un planeta en estado eruptivo -murmuró Marbe.

Efectivamente, la corteza sólida de Júpiter todavía no había alcanzado suficiente espesor, y el magma fundido que almacenaba en sus entrañas intentaba abrirse camino, provocando una serie ininterrumpida de explosiones eruptivas que conmovían todo el suelo.

-No podemos posarnos aquí -dijo el profesor Remy, meneando la cabeza-. ¿Y este marciano quiere que investiguemos la “vida” de Júpiter?

El calor iba aumentando a medida que descendían lentamente. Todos accionaron los refrigeradores de sus trajes, pero pronto también éstos resultaron inútiles. El calor externo sobrepasaba los cien grados, y a pesar de la refrigeración la temperatura interior llegaba a los cuarenta. Pronto sus ropas quedaron completamente empapadas.

-¡Esto es peor que un baño de vapor! -gruñó René, sudando a chorros. Si esto continúa así, nos vamos a ahogar en nuestro propio sudor. ¡Quisiera saber que desea ese marciano que le traigamos de aquí! ¡A menos que desee un poco de lava...!

-Mejor será que sobrevolemos todo el planeta -dijo André-. Puede ser que en otro lugar haya una parte que se haya solidificado más que ésta.

Se remontaron nuevamente a mayor altura, y se colocaron en posición de vuelo horizontal, no tardando en dejar atrás el paisaje que hasta entonces los había acompañado.

Llegaron a la zona en que imperaba la noche. El cielo presentaba un color pardo rojizo, mientras el suelo tenía una ligera fosforescencia. El calor, a pesar de ser aún intenso, había disminuido algo.

No tardaron en divisar una serie de colinas, de menos de trescientos metros de altura, pero que les servirían de punto de contacto con el suelo. Después de dar un par de vueltas de exploración, terminaron por descender, hasta posarse en la colina más alta, desde la que se dominaban todos los alrededores.

-Es un paisaje fantástico -murmuró Diana, contemplando la extraña luz que se difuminaba por el suelo-. Ni Dante hubiera podido imaginar algo a la vez más maravilloso y más sobrecogedor.

Todos estaban de acuerdo en ello. Aquel extraño paisaje, mezcla de infierno y de paraíso, sobrecogía por su grandeza. Parecía como si ellos, meros intrusos en aquel mundo solitario, estuvieran ahogados en un mar de fuego, impresión que favorecía aquella extraña fosforescencia.

-¿De dónde provendrá esta luz? -preguntó Remy, más para sí mismo que para los demás.

El doctor Marbe, que se encontraba a su lado, se encogió de hombros y tomó el maletín que llevaba en la mano, sacando varios instrumentos de su interior. Lentamente, con movimientos precisos, tomó una especie de tenazas, con las que arrancó una muestra del suelo, depositándolo en una cápsula transparente. Y apenas había hecho esto, cuando un extraño fenómeno ocurrió en toda la extensión que abarcaba la vista.

La fosforescencia que les había llamado tanto la atención, y que hasta entonces se había mantenido uniformemente repartida por toda la extensión que abarcaba la vista, fue desapareciendo de varios lugares, concentrándose y recrudeciéndose en otros, hasta hacerse tan intensa que su brillo cegaba los ojos. Pero lo más extraordinario no fue esto, sino que, sin que nadie pudiera llegar a comprender lo que sucedía, ¡los núcleos que se habían formado fueron avanzando hacia donde se encontraban ellos, como si intentaran atacarlos!

CAPÍTULO VIII

Uranio verde

-¡Cuidado! ¡Vienen hacia aquí!

No se supo quién había gritado, pero la forma de hacerlo, al decir que “eran varios”, hizo comprender a todos que aquello que avanzaba hacia ellos era un ser vivo, o quizás millones de corpúsculos, diminutos seres alentados de vida propia...

-Esto le corresponde a usted, profesor -dijo tranquilamente Marbe, sin preocuparse del posible peligro-. ¿No quería animales? Aquí tiene material para estudiar.

Los entes luminosos, no se les podía aplicar otro calificativo, se encontraban ya a poca distancia de ellos. Y los que se encontraran a los pies de los expedicionarios ¡habían ya ascendido por sus piernas, y comenzaban a alcanzar su cuerpo!

André fue el primero en darse cuenta de ello. Absortos contemplando el inusitado espectáculo, los demás permanecían ajenos a aquel detalle. Sin vacilar, puso en marcha su reactor, elevándose varios metros, a la par que gritaba:

-¡Elévense! ¡Los tenemos encima!

Entonces parecieron darse cuenta los demás del peligro y, poco después, se reunían con él en el cielo. Con una mano, André se sacudió la fosforescencia que le cubría totalmente las piernas, que fue cayendo lentamente, desprendiéndose y bajando hacia el suelo con lentitud, como desperezándose. Poco después, había desaparecido en su totalidad.

Bajo ellos, y en el lugar que antes ocuparan, una gran mancha luminosa de más de quinientos metros cuadrados de superficie, y provista de un brillo cegador, se movía lentamente, como si les observara.

-Hay vida -dijo el doctor Marbe, meneando su enorme cabeza-. Una vida microscópica, elemental, pero inteligente. ¿Por qué reaccionarán de este modo? ¿Qué les impulsó a venir a nuestro encuentro?

-Mire la cajita en la que colocó la muestra del suelo -le contestó André-. Aquí también hay fosforescencia. Esto les llamó.

-Quiere decir que, al arrancar yo esto, se sintió herido... ¡Entonces se trata de un solo animal!

-Podría ser -replicó el profesor Remy-. Algo así como las colonias de

corales terrestres, aunque mucho más libres y extensas. O quizás sea que estos animales puedan entenderse entre sí -quedó unos instantes pensativo, y añadió-: Hay en las profundidades marinas unos peces microscópicos que emiten ondas ultrasonoras, que solamente ellos pueden percibir...

Volvieron a mirar hacia abajo. La fosforescencia iba diluyéndose lentamente en toda la extensión visible.

André tomó la cajita de manos del doctor Marbe, y la acercó a sus ojos. Entre la tierra que contenía se veían unos pequeños corpúsculos globulares. Lentamente se fueron extinguiendo, hasta desaparecer por completo.

-Han muerto.

-¿Muerto? -el doctor Marbe le arrebató la cajita, observando ávidamente su interior.

-Debían de vivir del calor que irradiaba el suelo. Al enfriarse éste, no han podido seguir viviendo.

Lentamente, el doctor Marbe guardó la cajita junto con los demás instrumentos, y propuso con harto laconismo:

-Todavía queda mucho por ver. Sigamos explorando.

Lentamente, uno detrás de otro, volvieron a ponerse en marcha.

La exploración continuó durante casi una hora sin ninguna novedad. Por todas partes, solamente se divisaban rocas rojas, inundadas de fosforescencia. Por donde pasaban, ésta se recrudecía, como si los diminutos seres que la formaban adivinaran su paso por las alturas.

Y así era. Aquellos pequeñísimos animales, principio de la evolución de aquel planeta a medio formar, lanzaban al aire sus “ultravoces”, que actuaban a modo de radar. Ellos “veían” el paso de aquellas criaturas desconocidas, extrañas, y se agrupaban temerosos, dispuestos a defenderse. Pero las extrañas figuras apenas les hacían caso. Sin tocar el suelo, los siete seres que volaban por encima de ellos seguían su camino, siempre atentos a todos los accidentes del terreno, dispuestos a investigar la menor alteración que se produjera.

Fue después de abandonar la zona infectada de fosforescencia cuando apreciaron aquel brusco cambio de color. Frente al rojo amarronado que le habían seguido hasta entonces, frente a ellos, y por una amplia extensión, la tierra tenía un color verde intenso, brillante y fragmentado, que resaltaba

enormemente del resto.

Lentamente, como si temieran algún peligro desconocido, los siete expedicionarios se fueron acercando al suelo, hasta posar sus plantas en él.

Se encontraban frente a un conjunto de rocas de gran tamaño, de forma casi exagonal, la mayoría de ellas truncadas en dos de sus caras, y que presentaban una estructura brillante, fibrosa y dura.

-¿Qué material será éste? -murmuró Álvarez, inclinándose para observarlo de cerca.

-Lo ignoro -sin perder tiempo, el doctor Marbe había sacado una pequeña sierra metálica del maletín, e intentó aserrar un trozo de la roca que tenía frente a él. Sin embargo, lo único que consiguió fue que se le rompiera la sierra, sin haber hecho mella en la dura roca.

-Cuesta más de lo que parece -murmuró.

Mientras buscaba otro instrumento en su maletín, sus manos tropezaron con uno, y lo cogió sin titubear. Se trataba de un tubo largo de apariencia cristalina, en cuyo interior había una esfera graduada. Lo saco del maletín, y dirigió una de sus puntas hacia la roca. Como si fuera la cosa más natural del mundo, dio vuelta a un botón del aparato.

-¿Para qué sirve esto? -preguntó Bonnard, que hasta entonces se había mantenido al margen.

Por toda contestación, del otro extremo del tubo salió una especie de silbido, agudo y firme. La esfera que se encontraba en mitad del aparato osciló, hasta que su aguja se detuvo en una cifra.

-Noventa y tres por ciento -leyó Marbe.

Por unos momentos, todos permanecieron indecisos, sin saber a que atenerse. Las cifras que indicaba la esfera estaban escritas en ininteligibles caracteres marcianos. Entonces...

“Esto quiere decir -pensó André-, que el Supremo sigue estando en contacto con nosotros. Por lo tanto, si yo...”

Desechó aquellos pensamientos. ¿Qué ganaría con ello? El Supremo sabía que estaba seguro. Nadie querría quedarse indefinidamente en aquel planeta de fuego, y sólo el Supremo podía guiar la nave de regreso a la Tierra. Por lo tanto, tenía asegurada su inmunidad.

Mientras, el doctor Marbe se dirigía hacia ellos y les explicaba:

-Este mineral que están viendo no es más que uranio casi puro.

Fíjense en que tiene un índice de radiactividad del noventa y tres por ciento.

Permanecieron todos en suspenso. Si lo que decía Marbe era cierto, allí había una inmensa fortuna. ¡Lo suficiente como para hacerlos a todos supermillonarios!

-Bueno, lo mejor será irnos -apuntó Marbe.

Los demás, Álvarez en especial, se le quedaron mirando sorprendidos. La codicia se había abierto paso en sus corazones, y quien más, quien menos, hubiera deseado llevarse un pedrusco de aquéllos. Álvarez preguntó:

-¿No desea recoger ninguna muestra de mineral? Podría ser interesante estudiarlo.

-No. Lo mejor será marcharnos.

Álvarez se pasó la lengua por los labios. Dirigiéndose a Bonnard le dijo, empleando el tubo personal:

-Intente entretenerlo. Yo voy a coger una piedra de éstas, no estoy dispuesto a irme de vacío. Ya le avisaré cuando termine.

Bonnard asintió. Mientras se dirigía hacia el doctor Marbe, haciéndole preguntas más o menos capciosas sobre aquel extraño mineral, Álvarez se fue destacando del grupo. Allí, a poca distancia, había visto una roca pequeña, pero que bastaría para proporcionarle una pequeña fortuna. Se dirigió hacia ella y la tomó. Era muy pesada, pero esto no importaba. Intentó metérsela en uno de los amplios bolsillos de su traje, pero no pudo. Era demasiado grande para ello.

Pero esto no le amilanó. Siempre sosteniendo la piedra, se dirigió hacia el maletín de Marbe, y la introdujo allí, después de quitar un par de voluminosos aparatos, que arrojó lejos. El propio Marbe se encargaría de llevársela.

Satisfecho, fue a descansar en una piedra, contemplando como los demás se afanaban discutiendo. Bonnard le dirigió una significativa mirada, y Álvarez le hizo un gesto de asentimiento. Después, satisfecho, empezó a silbar una canción.

Mas de pronto se interrumpió. Intentó levantarse y dar algunos pasos en dirección al grupo, pero no pudo. Sentía como si la cabeza le fuera a estallar; un dolor agudo le torturaba el cerebro, como si alguien hurgara en él con una aguja. Intentó decir algo, pero sólo escapó de su garganta un grito ronco.

Los demás, al oír el grito de Álvarez, se volvieron, a tiempo de ver como éste perdía el equilibrio y se despeñaba aparatosamente por una grieta. Rápidamente se acercaron a socorrerle, pero cuando llegaron al borde de la roca vieron que todo sería inútil. Las paredes de las dos rocas formaban una especie de barranco de más de diez metros de altura, cuyas paredes estaban repletas de agudas aristas, por donde el cuerpo del español debía haber rebotado.

Sin embargo algo debía hacerse. Sin perder un minuto, André y René se deslizaron por las paredes de la grieta, buscando como puntos de apoyo los salientes en los que antes debía de haber chocado Álvarez. Y cuando llegaron abajo, pudieron comprobar que ya todo lo que hicieran por él sería inútil. Las durísimas aristas de la roca, capaces de romper una sierra metálica sin sufrir la menor mella, habían desgarrado el traje de trialtio del español completamente, de arriba abajo. El metal que hasta entonces había sido considerado como el más resistente de todos los conocidos, había sido vencido, y Álvarez, magullado, con las piernas y los brazos en ángulos absurdos, con esa extraña postura que sólo la muerte sabe dar, permanecía tendido en el fondo, muerto. Lo único que podían hacer en su favor era transportar su cuerpo de nuevo hasta la nave para darle sepultura allá en la Tierra, si es que regresaban a ella alguna vez.

Poco después, conduciendo entre ambos el maltrecho cuerpo del español, llegaban de nuevo arriba, donde lo depositaron en el suelo, sudorosos. El espectáculo era aterrador. La misma arista que desgarró el traje de Álvarez le había producido un profundo corte a todo lo largo del cuerpo, por el que manaba abundantemente la sangre, que se iba deslizando con lentitud hasta el suelo donde, a efectos del intenso calor, parecía cocerse, quedando como una costra oscura en el verde terreno. Además, la intensa radiactividad del uranio, de la que sólo protegía a los expedicionarios sus trajes de trialtio, actuaba sobre el cadáver del español, produciendo una rápida transformación en sus heridas, que se pustulaban, tomando una apariencia de llagas, purulentas...

Diana, no pudiendo resistir el mareo, se tambaleó a punto del desmayo. André la sostuvo, evitando que cayera al suelo, mientras los demás contemplaban el cadáver que tenían a sus pies. André dirigió una breve mirada hacia su amigo, pero no dijo nada. La ocasión no era para ello.

Sin una palabra, cargaron el cuerpo del español, dirigiéndose hacia la nave y depositándolo en una de las cámaras vacías. Una vez cumplida esta tarea, se dirigieron silenciosamente hacia la cabina de mandos, donde se sentaron. Ninguno tenía la menor intención de proseguir la exploración del planeta después de lo sucedido. Por eso, permanecieron esperando. Si el Supremo estaba en comunicación con ellos, sabría lo sucedido y comprendería sus pensamientos.

Casi una hora después de haber entrado, pudieron observar un ligero movimiento de las estrellas que reflejaba la pantalla de televisión exterior. El planeta, poco después, se alejaba sensiblemente, hasta aparecer como un simple punto en la lejanía. Cuando se perdió de vista definitivamente, Bonnard comentó:

-Era un aventurero sin escrúpulos, un cínico y un miserable, pero en el fondo no era mala persona. Sinceramente, lamento que haya muerto.

-¿Todavía le considera una buena persona después de lo sucedido en el despacho del Supremo? -replicó Remy, casi con voz airada-. No creo que aquello fuera propio de un caballero.

-Puede ser que no, pero si ahora somos relativamente ricos se lo debemos solamente a él.

-¿Acaso todavía tiene la ilusión de que el Supremo cumpla su promesa de darnos el oro? -preguntó irónicamente René.

-No, no confío en ello. Pero antes de que muriera, Álvarez metió en el maletín que llevaba usted -señaló a Marbe-, un trozo de uranio que, considerando su elevada cotización en el mercado y su enorme grado de pureza, bastará para proporcionarnos unos cuantos millones de francos.

-¡Cómo! -René se enderezó-. ¿Metió una piedra de uranio en el maletín?

-Sí, y fue después de eso cuando cayó por aquel barranco. Si no hubiera sido por ello, ustedes nunca hubieran sabido que llevaban tanto dinero en la maleta, pero creo que, habiendo muerto él, lo mejor es decírselo a todos.

Esperó unos momentos, a la expectativa de alguna palabra de aprobación, que nadie dio. En vista de ello, inquirió:

-¿Acaso a ustedes no les hace ilusión el ser millonarios? Tocarían de tres a cinco millones para cada uno.

-¡Psché! -fue el único comentario pronunciado por René.

-Sí, claro. Ustedes, quién más, quién menos, ya son ricos. No han sabido lo que es ser pobre, tener que pasarse un par de días sin poder comer nada. El pobre Álvarez sí lo sabía. Quizás por esto quiso el oro primero, y el uranio después. Cuando una persona sabe lo que es tener hambre, procura no tener que repetir la experiencia.

Al terminar su perorata, se dirigió hacia la pantalla acercándose al lugar donde, confundido entre las estrellas que le rodeaban, se hallaba Júpiter.

-¿Y éste es el planeta gigante? -murmuró-. ¡Bah!

Se encogió de hombros, y se sentó en un rincón, donde intentó dormir. Poco después, los demás le imitaban, en espera de llegar a la Tierra... o a Marte, según cuál fuera el destino que les había designado el Supremo.

Ninguno sabía que allí, en su próxima meta, sucedería algo completamente imprevisto para ellos. Algo que repercutiría en el final de aquella sorprendente aventura..

CAPÍTULO IX

Von Trapper

Cuando la astronave se posó suavemente en el suelo, nada ni nadie se movió alrededor. El edificio de control, a pocos metros del lugar donde se había posado, permaneció solitario y completamente silencioso. Diríase que nadie había habitado jamás aquel planeta, que pocos días antes se mostrara repleto de vida.

Extrañados, los seis viajeros descendieron por la escalerilla metálica, deteniéndose al llegar al suelo. Ni entonces salió nadie del cercano edificio.

Sorprendidos, avanzaron hacia allí, primero lentamente, después con más rapidez. No se veía ningún signo de movimiento. Tan sólo una especie de pequeño banderín, situado en lo alto de la torre, se movía a impulsos de la suave brisa.

Entraron en el edificio, recorriéndolo completamente. La tarea fue infructuosa. Parecía como si se hubiera abandonado todo precipitadamente. Por todos lados aparecían tirados papeles escritos con caracteres marcianos, junto con algunos punzones, usados allí como plumas, esparcidos por el suelo.

-Parece como si hubieran huido de algo -dijo para sí mismo André-. ¿Qué les habrá hecho abandonar sus puestos de forma tan precipitada?

Tomó entre sus manos una hoja escrita, muy semejante a una lámina de aluminio, y la examinó. No entendía nada...

-Creo que estamos perdiendo el tiempo -dijo René-. ¿Se acuerda alguien del lado por el que entramos la otra vez en el túnel?

-Me parece que fue por el lado opuesto a la puerta por la que hemos entrado ahora -apuntó Diana-. Por lo menos yo no vi ésta.

-Es verdad -corroboró su padre-. Entramos por el otro lado.

Entonces vayamos a ver si encontramos la puerta de acceso.

Volvieron a salir del edificio, y lo rodearon hasta divisar la gran puerta que comunicaba con el túnel por el que habían descendido la vez anterior. Estaba completamente cerrada, y los esfuerzos que hicieron para abrirla fueron completamente inútiles.

Y entonces sucedió lo imprevisto.

La puerta se abrió un poco y por ella, agitado, salió un hombre.

No era un marciano. Su figura, si bien alta, no sobrepasaba los dos metros. Excesivamente flaco, con las mejillas hundidas, el cabello largo y una

espesa barba, parecía la viva imagen del nerviosismo.

-¡Pronto, por aquí! -les gritó en un mal francés-. ¡No hay tiempo que perder!

Y diciendo esto les hacía frenéticos gestos para que le siguieran.

Después de una breve vacilación, todos se lanzaron en pos de la esquelética figura, adentrándose cada vez más en el iluminado y amplio corredor, sembrado completamente de vehículos abandonados, desiertos y abiertos por su mitad. El doctor Marbe, que sudaba llevando el pesado maletín que trajera desde Júpiter, intentó meterse en uno de los coches, pero la voz del desconocido le detuvo:

-¡Salga! ¡Podría sucederle algo!

Completamente desconcertados, fueron siguiendo al hombre, que les iba haciendo continuamente señas de que se apresuraran, mientras consultaba repetidas veces una esfera que llevaba adosada a la muñeca.

De pronto se detuvo, y les dio una extraña orden:

-¡Pronto, al suelo! ¡Tiéndanse en el suelo y no se muevan!

Cada vez más desconcertados, hicieron lo indicado, y el hombre los imitó. Pocos segundos después recibían un aviso telepático:

≠ No piensen en nada, ¿entienden? Dejen la mente completamente en blanco o no respondo de ustedes.

Pocos instantes después, perdían el conocimiento...

*   *   *

Cuando André recobró el conocimiento, todavía permanecían los demás tendidos en el suelo, como muertos. Sin pensarlo un minuto, se levantó, dirigiéndose hacia ellos. Poco tardó en tranquilizarse. Todos respiraban normalmente. El hombre que les había salido al paso comenzaba a dar señales de vida, y André acudió a su lado.

No tardó el hombre en incorporarse, mientras sacudía la cabeza, como para librarse de un imaginario peso. Al ver a su lado a André, sonrió.

-Tiene una gran resistencia mental, muchacho.

Se dirigió hacia los demás, y procedió a intentar reanimarlos, mientras gruñía a André que le ayudara. Pronto fueron recobrando todos el conocimiento. Solamente Diana permanecía aún sin sentido, y André dudó antes de acercarse demasiado a ella. Pero el hombre no se andaba con delicadezas, y se aproximó decidido a la muchacha.

Pero no fue necesario hacer nada. En aquellos momentos Diana empezó a ¡dar señales de vida, y poco después se levantaba como si acabara de despertar de un tranquilo sueño.

-¿Qué ha sucedido? -fue lo primero que preguntó.

Todos los rostros se volvieron hacia el desconocido, en demanda de una aclaración.

-Aquí le llaman algo así como la corriente mental -explicó aquél-. Es un fenómeno natural de este planeta, que tiene su origen en fuerzas desconocidas. Viene a ser como una especie de corriente telepática, como si dijéramos una corriente de aire, pero de características semejantes a la onda mental destructiva. Ésta ha sido particularmente violenta, y muchos marcianos habrán muerto por su causa.

-Pero, siendo de origen mental, ¿cómo puede causar daño?

-Pues... no es fácil de explicar a una persona que no entienda de esto, pero trataré de hacerlo. Las corrientes telepáticas, al igual que las eléctricas, tienen un signo. Cuando una persona lanza un mensaje telepático, se origina una corriente de tipo positivo, pongamos como ejemplo. Al llegar al cerebro del destinatario, que también es positivo, las dos corrientes se funden en una sola, y surge la comunicación telepática. En cambio, si la corriente es de signo negativo, al llegar a un cerebro, repele al signo positivo que hay en él, o sea el signo del cerebro. Si la corriente negativa es débil, el cerebro la destruye, pero si en cambio la onda negativa es fuerte, es ella la que destruye al cerebro, causando la muerte de la persona que la recibe. Una protección contra esto es el velo aislador, pero en muchos marcianos, y en ustedes mismos, es muy débil, y no bastaría para contener la corriente. Por esto lo más práctico es dejar la mente en blanco. Así, al llegar la corriente negativa, no encuentra ninguna resistencia y podríamos decir que pasa de largo. ¿Han comprendido? Precisamente lo que le pasó a su amigo Álvarez fue el recibir un choque de este tipo. Y, como tenía el cerebro mentalmente débil, sucumbió.

Un silencio acogió estas últimas palabras del desconocido. Álvarez había muerto al caer por una grieta en el campo de uranio y no...

-¿Quiere decir que su muerte no fue natural? -indagó André.

-¿Natural? ¿Acaso no sabían qué fue lo que sucedió en realidad? -la cara de extrañeza que puso el desconocido los convenció de que éste decía la verdad-. Claro que no fue natural su muerte. El Supremo lo mató

deliberadamente con una onda mental de alto poder destructivo.

-Pero... ¿Por qué?

-Pues... bueno, es largo de explicar. Vengan conmigo, y se lo contaré todo desde un principio. Hay muchas cosas que ustedes todavía parecen ignorar.

Seguido por los seis terrestres, el desconocido avanzó por uno de los innumerables pasillos, mientras les decía:

-Por ahora no corremos peligro. Estando usted aquí, Lombard, el Supremo no se atreverá a dejarse tele-ver.

Pronto llegaron a una gran explanada, donde se bifurcaban una gran cantidad de pasillos. Allí también se encontraban abandonados una gran cantidad de vehículos, todos abiertos por su mitad.

-Cuando los marcianos notan que se aproxima la corriente mental -explicó el hombre- abandonan todo lo que tienen entre sus manos y se dirigen a sus casas, tendiéndose en sus lechos y dejando su mente completamente en blanco. A pesar de esto, muchos mueren por no haberlo hecho completamente al pie de la letra.

-Ahora me explico este abandono.

-Sí. Ni siquiera se toman la molestia de dejarlo todo en orden. Cuando llega la corriente mental, se apodera de ellos un terror instintivo, que les hace perder por completo su habitual tranquilidad.

Se dirigieron por uno de los múltiples pasillos, que seguía una dirección ascendente. René preguntó:

-Pero usted habla de los marcianos como si no fuera de ellos. ¿Acaso es terrestre?

Habían llegado a un edificio de unos diez pisos, y penetraron en una habitación cuya puerta se abrió a sus pasos. Mientras ésta se cerraba a sus espaldas, el desconocido contestó:

-Aunque he vivido muchos años en Marte, soy terrestre. Me llamo Eric von Trapper.

Esta noticia solamente tuvo significación concreta para André, René y el profesor Remy. Trapper, después de “presentarse”, indicó a los seis expedicionarios sendos sillones, proporcionados a sus estaturas.

-No se extrañen -indicó-. Esta habitación está construida especialmente para mí. Ahora, les voy a contar desde el principio varias cosas

que ustedes ignoran.

Esperó a que todos se hubieran acomodado, y principió:

-Sin duda ustedes recordarán que, hace cinco años, dirigía una expedición con el propósito de hallar la Atlántida. Tenía varios indicios, hallados en un antiguo templo inca, que indicaban un determinado lugar en el mar, y hacia él me dirigí. Adquirí un traje de trialtio, con el que descendí, hasta llegar al lugar que después vieron ustedes. También descubrí el paso subterráneo que atraviesa la muralla, y lo recorrí. Al llegar al final, se me terminó la pila de mi aparato de radio, y la substituí por otra, arrojando la gastada descuidadamente al suelo. Ésta fue la que encontró usted, Lombard.

Hizo una pequeña pausa mientras recobraba el aliento, y prosiguió:

-Cuando estuve dentro del recinto de la muralla, inexplicablemente, mi radio dejó de funcionar. Sin preocuparme demasiado por ello, seguí en mi exploración hasta llegar al templo de Quotzquatl, el dios de los marcianos. Allí sentí como si una extraña fuerza me atrajera, y me encontré descendiendo por un túnel vertical, hasta que llegué a una reducida estancia donde me esperaba un hombre de más de tres metros de estatura, que me contemplaba con un aire entre irónico y divertido en su mirada.

El resto ya se lo pueden suponer. El barco que me esperaba en superficie, al no recibir noticias mías, supuso que había muerto, y regresó a puerto, dando noticias de mi desaparición. Como yo no había revelado a nadie cual era mi verdadero propósito al descender al fondo del Atlántico, el secreto de la Atlántida quedó bien guardado. En la Tierra se olvidó mi nombre, y pasé a engrosar la lista de los muertos desaparecidos..

“En cuanto a mí, el marciano que me encontré en la Atlántida me llevó con él hasta aquí, y así conocí al Supremo. Éste me ofreció permanecer para siempre en este planeta, donde me dijo sería considerado como un marciano más, y yo, pensando quedarme solamente un tiempo para estudiar su modo de vida y regresar después, acepté. Pero ellos hicieron lo que con ustedes, y me encontré de repente con unas ganas locas de quedarme para siempre aquí. Los marcianos habían ido transformando lentamente mi modo de pensar, y llegué a ser, sin darme casi cuenta, un autómata en sus manos.

-Entonces, ¿cómo es que ha podido librarse de su influjo?

-Para que un hombre pierda su voluntad y sus ideas personales, es indispensable que alguien lo cuide y lo vigile constantemente para evitar toda

desviación mental. Yo, cuando me di cuenta de lo que sucedía, intenté luchar contra ellos, pero eran más fuertes, y ya habían conseguido dominar en parte mi mente. Quedé a su merced, pero algunas corrientes mentales anteriores a ésta me dieron la oportunidad de irme recobrando, y esta última, que ha sido particularmente mucho más intensa que las otras, me ha brindado la ocasión de librarme definitivamente de su influjo, y volver a ser de nuevo "yo".

Como dando fin a su resumida narración, Trapper se reclinó en su asiento. André, que había seguido su curso descuidadamente, se enderezó en su asiento, inquiriendo:

-Dijo que Álvarez había sido asesinado por el Supremo. ¿Es eso cierto?

-Sí. Esto pertenece a la segunda parte de lo que les deseaba contar. Ustedes descubrieron, en Júpiter, una gran mina de uranio, de un noventa y tres por ciento de riqueza en mineral. Para cualquier terrestre, el descubrimiento de una mina de uranio es uno de los mayores tesoros imaginables, mas para un marciano es todo lo contrario. Los marcianos, debido a sus adaptaciones fisiológicas a este planeta, transmitidas de generación en generación, son muy sensibles a toda clase de radiactividad. Lo que un terrestre soporta sin apenas darse cuenta, es una dosis casi mortal para un marciano. Por esto, cuando Álvarez, siempre codicioso, decidió llevarse un bloque, el Supremo perdió la poca tranquilidad que le quedaba, y sin pararse a mirar las consecuencias, le lanzó una onda destructiva que acabó con él. Fue un afortunado accidente (afortunado para él) el que Álvarez, al caer, chocara contra una arista de la roca y se rasgara el traje, pareciendo así su muerte natural. Pero si el Supremo pudo matar a Álvarez no pudo evitar que el bloque que había metido el español en la maleta permaneciera allí. Por eso a su llegada no encontraron a nadie. El Supremo tenía la esperanza de que la corriente mental terminara con todos ustedes, acabando de una vez la pesadilla que representaba para él el uranio.

"Pero el Supremo no es infalible, amigos, y ha cometido dos grandes errores. El primero es la muerte de Álvarez. Las noticias juntas de la aproximación de la corriente mental y el descubrimiento del uranio por ustedes, terminó con la poca tranquilidad que le quedaba. Quiso remediar lo del uranio matando a Álvarez, sin pensar que hubiera sido mejor ordenarles que dejaran el maletín en Júpiter. El segundo error fue el de poner en marcha

el control de la nave para que les trajera aquí. Pensó que así la corriente mental terminaría con ustedes, pero no contó conmigo. Ahora el Supremo se encuentra totalmente en su poder. Basta con que se dirijan hacia su residencia con este maletín, y aceptará todas las condiciones que le impongan.

De nuevo volvió a recostarse en su asiento, dejando que los demás meditaran sus palabras. Al cabo de un tiempo, al ver que no decían nada, inquirió:

-Bueno, ¿qué piensan hacer?

-No lo sé, Trapper -contestó André-. Creo que todavía nos encontramos en tablas.

-¿Por qué?

-Pues... supongamos que el Supremo acepta nuestras condiciones, y no nos impide regresar a la Tierra. ¿Quién nos garantiza que luego no intentará desde aquí eliminarnos?

-Él mismo se lo garantizará. Recuerde, usted mismo lo dijo, que los marcianos odian la muerte. Cuando a mí me pudieron matar tan fácilmente, no lo hicieron. En cambio, me trajeron aquí, y me dispusieron todo esto, tomándose la molestia de alimentarme, vestirme y cuidarme, sin que yo hiciera nada para ganarlo. Yo conocía uno de sus secretos, el emplazamiento de la Atlántida. ¿No hubiera sido más fácil eliminarme completamente? Mas no lo hicieron. Ellos odian la muerte en sí misma, como una cosa que no les reporta ningún beneficio, y en cambio sí muchas preocupaciones. Quizá intentaran volver a “secuestrarlos” de nuevo, pero nunca pensarán en destruirles, si ustedes no atentan contra su seguridad.

-¿Y lo de Álvarez?

-Aquello fue diferente. El Supremo se encontraba aterrorizado, y en estas condiciones no se tiene en cuenta nada. El que intentara terminar con el español cuando era tan fácil ordenarles que abandonaran el maletín, dice todo. Ahora se encuentran en el momento mejor para imponerle condiciones.

-Sí, quizá tenga razón.

André se levantó, dirigiendo una mirada hacia sus compañeros, como pidiendo su asentimiento. En contestación, recibió varios mudos signos de afirmación. Tomó el maletín, e indicó a Trapper:

-Guíenos hasta él.

* * *

Recorrieron una gran cantidad de metros antes de encontrar algún vehículo cuyo dueño todavía no lo había recogido. En todo aquel tiempo, no vieron a ningún marciano. Tan sólo en una ocasión pudieron columbrar a uno de ellos, que apenas verles hizo un rápido ademán de fuga y desapareció.

-Él uranio los aterroriza tanto como la corriente mental -les dijo Trapper-, y su sensibilidad al mismo es tal, que incluso sienten sus efectos a través de cualquier protección que se les ponga. Incluso este maletín, que a nosotros nos salvaguarda de sus radiaciones, es apenas para ellos una débil hoja de papel que nada sirve.

Cuando encontraron un vehículo, se acomodaron en él, y Trapper puso en marcha el oculto motor. Una vez en posesión del coche, el resto del camino lo hicieron en contados minutos.

André no tardó en identificar el edificio que asomaba por entre la maleza, frente al vehículo. Von Trapper, una vez llegados a una distancia prudencial, paró el coche, mientras les decía:

-Uno de ustedes habrá de quedarse aquí con el uranio. No existe ningún peligro, pues nadie será tan suicida como para acercarse. Desde aquí el Supremo, que se encuentra dentro del edificio, podrá observarlo sin que sus efectos lleguen hasta él. Esto le demostrará que no pedimos sobre vacío.

Decidieron que fuera Bonnard el que quedara en el coche con el maletín, y los demás descendieron, avanzando a pie el resto del camino.

A la entrada había dos centinelas, que no hicieron ningún ademán de impedirles el paso, antes bien huyeron al vislumbrarlos. Así, pudieron cruzar tranquilamente la puerta y ascender en el elevador de caja hasta el piso donde se encontraba el Supremo.

Pocos minutos después, una puerta se abría silenciosamente frente a ellos, y penetraban en el despacho que ya todos conocían.

Allí, frente a ellos, sin apenas alzar la vista del suelo, el Supremo les dio la bienvenida...

CAPÍTULO X

El final de una aventura

-Podéis pasar tranquilamente, como si estuvierais en vuestra propia casa. ¿No es eso lo que se suele decir en la Tierra?

El Supremo se encontraba apoyado en el borde de la mesa, sin alzar los ojos del suelo. Su figura, siempre alta y erguida, aparecía ahora encorvada, como abatida por un gran peso. Aunque sólo hacía tres días desde que lo vieran por última vez, parecía mucho más viejo, casi veinte años más. Su respiración se notaba pesada, y la guturalidad de las erres, que André había notado unos momentos cuando entró por primera vez en aquella habitación, había reaparecido.

Lentamente fueron entrando los siete terrestres, formando un semicírculo alrededor de la enorme figura del anciano. Von Trapper se colocó en el centro, cara a cara con el marciano, luciendo una amplia sonrisa de triunfo en los labios.

-¿Ahora ya no exiges, Supremo?

Éste meneó la cabeza, abatido.

-No, Trapper, ya no exijo. Ahora sois vosotros los que mandáis. Tú también.

André se fue acercando lentamente, hasta colocarse frente al Supremo, al lado del alemán.

-¿Las mismas condiciones de antes, o alguna más? -le preguntó el marciano.

-Las mismas.

-De acuerdo, Lombard. Vosotros ganáis.

Hubo un silencio. El Supremo de antes, seguro de sí mismo, fanfarrón, burlándose de todo y de todos, había muerto. Ahora era un hombre derrotado, dispuesto a transigir en todo, sin ánimos para nada, sin siquiera voluntad propia.

-Nos habéis dado una amarga lección -se levantó un poco, mirando a un punto indefinido de la habitación-. Nosotros, los marcianos, creíamos ser la raza más poderosa del universo, los seres perfectos de la creación. Nuestro poder mental no tenía parangón en el universo. Con nuestra apatía, tomándolo todo por su lado intrascendente, sin sentimientos, sin religión, sin creer en nada ni en nadie salvo en nosotros mismos, nos creíamos el más allá, el límite

de lo mejor. Y de pronto llegáis vosotros, pobres enanos a quienes siempre habíamos despreciado, con vuestros anticuados sentimentalismos, y en un segundo habéis destrozado nuestros ídolos con pies de barro. Nos habéis enseñado muchas cosas en las que nunca habíamos pensado, y ahora empezamos a ver mejor la verdad de la vida.

Sus ojos reflejaron sinceridad. Aunque todos conocieran el carácter falso del marciano, ahora estaban seguros de que decía lo que sentía.

-La muerte de Álvarez ha sido para mí el chispazo, la luz que ha encendido la antorcha de la verdad en mi conciencia. En el tiempo en que os he estado esperando, desde que salisteis de Júpiter, he tenido mucho tiempo para pensar. Sé que no os he dado muchas muestras de sinceridad hasta ahora, pero deseo que creáis lo que digo. Como todos los pueblos de la historia, tenemos muchos errores. Vosotros nos habéis ayudado a conocer algunos. Me habéis demostrado que la ambición no conduce a ningún lado, ni el orgullo sirve para substituir la generosidad. Si mi ambición y mi anhelo de conquistar Júpiter no hubieran llegado a estos extremos, no hubiera sucedido nada de lo que ha pasado. Y si no hubiera querido realizar mis propósitos a pesar de vuestras negativas, ahora no nos encontraríamos aquí. La obstinación y el orgullo nunca pueden ser buenos.

Se paró, para observar a los que le escuchaban. Todos estaban sorprendidos, intrigados por aquel brusco e impensado cambio. Cierto que la mentalidad marciana era muy diferente de la terrestre, pero...

-¿Cómo puede garantizarnos que no miente? -preguntó René.

-De este modo.

Y dejó su mente completamente abierta. En ella pudieron captar los terrestres toda la sinceridad, todo el arrepentimiento de aquel hombre que empezaba a expiar sus errores.

-Si crees que miento, Lombard, puedes matarme.

André no contestó. Estuvo unos momentos pensativo, y al fin dijo, simplemente:

-Llévanos a la Tierra, por favor.

-De acuerdo. Vamos.

Adelantose a los terrestres, y se dirigió hacia la puerta.

Recorrieron varios pasillos hasta desembocar en una gran sala. Allí, el Supremo se dirigió hacia una mesa, abriendo un cajón, del que extrajo varios

objetos. Volviéndose hacia ellos, se los entregó.

-Son siete anillos -les habló-, con un transmisor especial cada uno de ellos. Usan una frecuencia completamente distinta a todos los demás. Con ellos, siempre que lo deseéis, podréis comunicaros conmigo.

Un gesto de extrañeza se pintó en todos los rostros, y el Supremo aclaró:

-Sí, estos aparatos están acondicionados a la frecuencia de mi mente. Siempre que habléis por ellos, yo os oiré. Solamente los “yechets” tienen aparatos iguales a éstos. Consideradlos como... como un recuerdo mío.

Sonrió, y por primera vez pudieron advertir una sonrisa franca en aquel rostro.

-He cambiado mucho en muy poco tiempo. Tomad.

Les entregó un anillo a cada uno, y cuando llegó el turno a Diana le murmuró al oído:

-Espero que no sea tan bonito como el que te piensa regalar Lombard cuando regreséis a la Tierra, pero acéptalo también.

Y al notar que Diana enrojecía, añadió:

-Recuerda que puedo leer las mentes humanas. Y en la tuya he leído algo más que afecto hacia este muchacho.

Y le guiñó un ojo en amistosa señal de complicidad.

* * *

Se encontraban de nuevo en el astropuerto, contemplando la nave que habría de devolverles a la Tierra. Era la misma que los trajera desde allí, y que posteriormente los llevara a Júpiter. Al llegar al pie de ella, el Supremo se dirigió hacia René.

-Sé lo que estás pensando -le dijo-, y comprendo tus motivos. Esta nave es tuya -rechazó el ademán de protesta del muchacho, y continuó-: Von Trapper podrá enseñarte su manejo. Sé que éstos son tus deseos, Dervais, y deseo que se cumplan. Quiero pagaros con algo las preocupaciones y el mal que os he causado. Que tengáis suerte.

Se retiró de la nave, dirigiéndose hacia la torre de control. Desde allí, y mientras veía elevarse la majestuosa silueta del cohete, murmuró:

-Adiós. Espero que en la Tierra sepan ver algún día también el camino que conduce al bien y a la prosperidad.

La nave se perdía ya en el cielo. Los seres que en ella viajaban habían

realizado una de las mayores conquistas de la historia del mundo. No la habían realizado con las armas, ni usando la fuerza, sino mediante el amor y el tesón. Nadie sabría nunca nada de aquella gesta, pero habría siete personas en la Tierra que siempre recordarían que habían conquistado un pueblo.

Y ocultando una lágrima, la primera lágrima que asomaba a aquel rostro que nunca había sabido de emoción, el Supremo se dirigió hacia la rampa descendente. Mientras andaba, pensó que en Marte había muchas cosas que no eran justas, muchas cosas que debían ser reformadas.

Y *él* tenía que reformarlas.

* * *

La nave surcaba rápidamente el espacio por entre las estrellas que parpadeaban en un fondo uniforme. En la cabina de mandos, reunidos en diversos grupos, los siete terrestres esperaban el momento de ver de nuevo acercarse el globo azul de la Tierra. André, Diana y su padre, sentados formando un grupo, charlaban.

-No creo -decía en aquellos momentos el profesor Remy-, que haya muchas cosas que explicar para cuando lleguemos a la Tierra. En resumen, nos perdimos al romperse el cable telefónico, y cuando volvimos a la superficie no hallamos rastros del barco. Sin saber si habíamos errado el sitio donde éste debía de encontrarse o bien si se había ido al no vernos reaparecer, vagamos durante muchos días alimentándonos de las reservas de los trajes, hasta que conseguimos llegar a tierra habitada. Lo demás no es necesario decirlo; ya se encargarán los periódicos de inventarlo.

-¿No cree que todo esto es un poco inverosímil, profesor? -intervino André-. No creo que sean muchos los que se lo traguen.

-¡Oh, no importa! Muchas cosas más imposibles que ésta han sucedido, sin que por ello se hundiera el mundo. La gente se cree todo lo que lee en letra impresa, y por nuestra parte, una vez hayamos vuelto a nuestras casas, todo lo pasado nos parecerá poco menos que un sueño.

-¿Y Álvarez?

-¿Álvarez? Pues... diremos que murió al desgarrarse en el fondo marino su traje contra una roca muy dura. Como ejemplo traemos ésta de uranio idéntica a la que le causó la muerte. Es algo verosímil, ¿no?

-Sí. Pero esto despertará una ola de buscadores de uranio submarino.

-No importa: terminarán por cansarse. Tampoco encontrarán nada... -

el profesor se desperezó-. Ahora sólo falta volver a casita. Estoy esperando éste momento con deleite...

Diana enlazó los dedos, carraspeando levemente.

-Esto... papá. He estado pensando, y me parece que tendremos que cambiar de domicilio, ¿sabes? Me parece que nuestra casa resultará pequeña ahora.

-¿Pequeña? -el profesor arrugó el ceño, atónito-. ¡Pero hija! ¡Acaso no hemos vivido en ella hasta ahora cómodamente?

-Sí, papá, pero... es que a partir de ahora seremos tres a vivir juntos. A menos -se apresuró a añadir- que no quieras que André y yo...

Y la mirada que dirigió a André fue más elocuente que todas las palabras. El profesor se quedó unos momentos perplejo, antes de hallar el verdadero significado de aquella frase. Y cuando lo halló, no pudo emitir su contestación. André y Diana, a su lado, acababan de unirse en un apretado beso.

De modo que tosió ligeramente, y volvió con disimulo la cabeza hacia otro lado.

* * *

Durante el transcurso del viaje desde Marte a la Tierra, los siete componentes de la expedición tuvieron tiempo sobrado de hablar entre sí, haciendo planes para el futuro.

René y von Trapper, sentados en el sillón del piloto, sobradamente holgado para los dos, discurrían amigablemente.

-¿Qué piensa hacer ahora, Trapper? -preguntaba en aquellos momentos René-. ¿Volverá de nuevo al sitio que ocupaba antes en la sociedad?

El alemán meneó levemente la cabeza.

-No sé -replicó, tras breve meditación-. Han pasado cinco años desde entonces, y no sé si me sabré amoldar a las circunstancias. La sociedad marciana es muy diferente de la terrestre. No creo que después de tanto tiempo pasado entre gigantes me acostumbre de nuevo a este mundo de... enanos.

Permanecieron unos momentos silenciosos, y preguntó después Trapper:

-¿Y usted qué piensa hacer, René? ¿Seguirá dedicándose a la

exploración submarina?

-No -negó René-. No creo que André quisiera volver a acompañarme. Por otra parte, existe otro impedimento -y su vista se dirigió hacia Diana, que en aquel momento estaba besando a André.

-¿Entonces...? -inquirió Trapper.

René se encogió de hombros.

-Durante este último tiempo he estado pensando, y creo que en el espacio hay muchas más cosas interesantes que en el fondo del mar. El Supremo se ha sentido generoso, y me ha regalado esta nave, conocedor de mis intenciones. O sea que...

Von Trapper se le quedó mirando fijamente durante unos minutos. Después, con aire de incredulidad, exclamó:

-¿Explorar el espacio? ¿Ha dicho explorar el espacio? De modo que desea dedicarse a vagabundo estelar, ¿verdad? -soltó una risita, y se dio una palmada en el muslo-. En este caso le acompaño -afirmó rotundamente, con esta rotundidad de las cosas irrebatibles-. La sociedad moderna sería demasiado complicada para mí, y siempre me encontraría como un extraño en ella. Supongo que no tendrá ningún inconveniente en ello, ¿verdad?

René fue a contestar que no. Al contrario, los conocimientos de von Trapper podrían serle de mucha utilidad en su nueva misión. Abrió la boca...

Pero no pudo decir nada. Otra noticia, venida de la boca del doctor Marbe, acaparó la atención de todos.

-¡Miren, ahí está!

No fue necesario que indicara qué era lo que "estaba ahí". Todos dejaron las conversaciones que sostenían y se dirigieron rápidamente hacia el lugar que señalaba Marbe en la pantalla.

Y en efecto, allí estaba la Tierra. Todo quedó olvidado para contemplar aquel lejano punto que empezaba a agrandarse lentamente, a medida que se acercaban. Y todos permanecieron absortos en aquel lugar, contemplando aquella esferilla que se iba convirtiendo en un globo azulado, hasta que éste ocupó la mayor parte de la pantalla. Entonces Trapper, sentándose en el sillón del piloto, desconectó el piloto automático, teledirigido desde Marte, y dirigió la nave hacia Francia.

Allí, en aquel trozo de tierra que se iba dibujando por entre los jirones de blancas nubes, estaba su patria, su hogar.

Y el capitán Bonnard pensó que, a pesar de todo, no era tan gruñona su mujer.

EPÍLOGO

Han pasado diez años. Después de un tiempo, en el que los periódicos no dejaron de hablar de la expedición y del misterioso salvamento de sus componentes, el mundo sigue en su habitual calma. Excepto las guerras, las revoluciones, los asesinatos, los atentados y los escándalos de costumbre, nada digno de especial mención pasa por el mundo.

Perdón. "Sí" pasan algunas cosas.

En Marsella, Francia. André Lombard, junto con su esposa, Diana Lombard, acaban de recibir por tercera vez la visita de la cigüeña. Ahora, el otrora llamado "vagabundo del mar" es un respetable caballero, gran aficionado a la ictiología, que ayuda a su suegro en sus investigaciones. Alguna vez, acompañado del profesor Remy, se lanza a la aventura submarina para cazar alguna especie rara de pez, pero esto sucede muy pocas veces. André se conforma con permanecer en su casa, al lado de su mujer y sus hijos, y disfrutar de la estima general. Porque André Lombard, el audaz aventurero, es ahora un burgués señor, cuyas antiguas hazañas son recordadas de vez en cuando con nostalgia.

René Dervais, que oficialmente murió junto con el español Álvarez en el transcurso de la expedición, vaga por los espacios en compañía del alemán Eric Von Trapper. Alguna vez reciben sus antiguos compañeros de aventura alguna noticia suya, por mensaje cifrado, por medio de la cual se enteran de sus hazañas más allá de los límites de la Tierra. El antes compañero de André Lombard se ha convertido ahora en un héroe del espacio, que se llama a sí mismo "vagabundo estelar", y sigue vagando sin rumbo de planeta en planeta, con la esperanza de hallar alguna vez una "media naranja" que le haga olvidar la mujercita que quedó allá en la Tierra, junto con su mejor amigo, y a la que aún no ha conseguido arrancar enteramente de su corazón. Por ahora no la ha encontrado, pero él no desespera. ¡Hay tantos y tantos mundos en el firmamento!...

El capitán Bonnard, retirado (¡al fin!) de la Marina, se ha dedicado a escribir una novela con el relato de sus aventuras en Marte, que ha constituido uno de los *best-seller* mundiales en el campo de la science-fiction. Ahora se encuentra escribiendo un nuevo libro, también del mismo género, pero está seguro de que éste no podrá alcanzar ni con mucho el éxito del anterior. "Nunca podrá ser tan fantástico -dice con razón-, como la realidad misma." El

público no tardará en encargarse de demostrarlo.

En cuanto al doctor Marbe, finalmente, sigue estudiando ruinas, esperando encontrar algo que le haga al menos un poco famoso. También ha publicado un par de libros, bajo el título de "La Atlántida, según las antiguas civilizaciones incas" y "Una teoría sobre Marte y su habitabilidad". Pero ninguno de los dos ha tenido éxito, y la Academia de Ciencias los ha censurado por "faltos de veracidad, sin pruebas concretas en que basarse, y demasiado atrevidos en un campo del que apenas se sabe nada todavía".

Pero el doctor Marbe no desespera, en las noches claras del mediodía de Francia, el doctor levanta su vista hacia el cielo y contempla largo rato las estrellas. Por allí, entre aquellos mundos, pululan seres que todavía existen en su recuerdo. René, Trapper, el Supremo, Tihuor, Varel, el piloto... todos ellos se encuentran allí, lejos del mundo, formando la legión de los "hombres del más allá". Hombres que, como nosotros, viven, sufren, aman y mueren. Quizá algún día, cuando nadie los espere, recibamos la visita de alguno de ellos. Entonces, piensa Marbe, será el momento de enseñar y aprender a un mismo tiempo, como el Supremo supo hacerlo. Y entonces, cuando hayamos aprendido algo más, quizá seamos un poco más perfectos dentro de nuestra imperfección.

Pero no hemos de precipitarnos. Levantemos nuestra vista a las estrellas, y esperemos. Entonces podremos estar seguros de su llegada. Entonces, que tanto puede ser dentro de uno como de cien años. Pero sin prisas.

Esperemos...

FIN

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadore
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIO
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTA
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *K. Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡Luz sólida!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el Sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'Hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'Hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley.*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111.—El experimento del Dr. Kellman, *J. N. O'Hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Profesor Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robín Carol.*
117.—El silencio de Helión, *Robín Carol.*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'Hara.*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria, *George H. White.*
121.—Lucha a muerte, *George H. White.*

122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Profesor Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Profesor Hasley.*
127.—Energía «Z», *Profesor Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel transatlántico, *Profesor Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Profesor Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennett.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennett.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennett.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennett.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir, *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras, *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno, *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie, *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos, *Joe Bennett.*
160.—El mundo de los seres condenados, *J. Negri O'Hara.*
161.—El Planeta maldito, *F. Danger.*
162.—Asesino interplanetario, *Henry Keystone.*
163.—Extraños en la Tierra, *Van S. Smith.*
164.—La nave de plata, *Joe Bennett.*
165.—Los aventureros de Júpiter, *Joe Bennett.*
166.—Marionetas humanas, *Vic Adams.*
167.—Cuatro a Mercurio, *Peter Kapra.*
168.—Donde empieza el límite, *J. Negri O'Hara.*
169.—Eratom 225, *Prof. Hasley.*

179

La tierra ha de morir, y la humanidad, perseguida por la apocalíptica tragedia ha de lanzarse al inmenso espacio en busca de un mundo nuevo. Este es el alucinante problema que plantea

BLOQUEO EN EL ESPACIO

Las más terribles luchas se desencadenan en el camino de los que pugnan por hallar la salvación de los terrestres, luchas que la pluma de

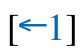
RAY KUALITER

Describe con sensacional realismo y trepidante estilo en la novela que se publicará en el próximo número de esta interesante

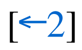
Colección Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Notes



Entre el Tigris y el Éufrates se supone estuvo situado el Paraíso terrenal.



Véase “El Umbral de la Atlántida”, aparecido en esta misma colección.



Para evitar el tener que designar con sus nombres marcianos todas las medidas, pesas, etc., consignando a continuación su equivalencia en medidas terrestres, las daremos todas ellas directamente en estas últimas, a fin de facilitar la lectura.



El signo (≠) es empleado ya internacionalmente para indicar que una conversación es sostenida telepáticamente de mente a mente, al igual que el (-) indica que la conversación es oral. Lo hemos adoptado aquí, con el fin de que el lector pueda seguir con mayor fidelidad el relato; por lo tanto, siempre que aparezca en lo sucesivo, deberá dársele esta interpretación.



Aunque parezca extraño que una conversación telepática sostenida por dos personas que no hablen un lenguaje terrestre pueda ser entendida por un hombre de la Tierra, es completamente normal y lógico. La telepatía no es más que un conjunto de ideas mentales con significado concreto, que no tienen nada que ver con las palabras. Por lo tanto, la telepatía no tiene idiomas. Es universal.